

# Equipaje para terminar el invierno

Textos narrativos y otros artificios



Selección de Martha Galindo Becerra  
y Álvaro José Lertzundy Gómez

ANTOLOGÍA DE NUEVOS ESCRITORES



### **Equipaje para una proeza**

De nuevo se anuncia otro viaje del Vagón Literario, el décimo en su haber. ¡Con qué facilidad puede señalarse esa proeza! Pero para los que van al frente en esa máquina del tiempo, Marthita y Álvaro, seguramente no ha sido tan sencillo. ¡Cuántos avatares e ideales han inundado su tarea y, a la vez, su práctica inventiva! Ellos, junto a otros decididos viajeros —en su mayoría jóvenes que por primera vez inician el místico y mágico recorrido por sus fantasías, alegrías, vivencias en recónditos lugares y rincones—, invitan a compartir su ruptura de lo cotidiano con un lector dispuesto.

Una vez más los esforzados de la pluma asumen con valentía el viaje propuesto por sus mentores y dibujan horizontes que nos recrean, nos humanizan en medio de la ruptura mundana. Nos vuelven a decir y mostrar que la vida es posible cuando los sueños, metáforas e imaginación pueden conducirnos placenteramente a ver el mundo con otros ojos. Es decir, con una mirada en la cual impera no sólo la satisfacción de existir con dignidad y entereza, sino la alegría de compartir y expresar distintos modos de percibir el universo.

Con este esfuerzo singular y colectivo el Vagón Literario nos dice que nuestro contexto puede observarse, describirse y trastocarse a través del arte y la palabra; alienta a sus lectores a identificarse con la ruta y a sumarse a una travesía enriquecida de emociones varias.

¡Enhorabuena!

Mtro. Luis Aguilar Almazán  
Director, Colegio de Ciencias  
y Humanidades, Plantel Sur

# Equipaje para terminar el invierno

Textos narrativos y otros artificios

Antología de nuevos escritores



## PÁGINA LEGAL

*Equipaje para terminar el invierno. Textos narrativos y otros artificios*  
*Antología de nuevos escritores* fue editado en julio de 2018.

Primera edición electrónica: 2018

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, 04510, México, Cd. Mx.

Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Sur  
Blvd. Cataratas 3, Jardines del Pedregal,  
CP 01900, Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-1431-1

Esta edición y sus características son propiedad  
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin  
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

# Equipaje para terminar el invierno

Textos narrativos y otros artificios

Antología de nuevos escritores

Selección de Martha Galindo Becerra y

Álvaro José Izundy Gómez

*A todos los sacudidos por la naturaleza,  
en especial a los que habitan las orillas del mundo.*

# Índice

Presentación 13

## 6º CONCURSO INTERPLANTELES DE CUENTO BREVE “AVENTURA SOBRE RIELES”. TEXTOS PREMIADOS

**[En esta foto, los que se subieron al pódium en aquel concurso.]**

Ése es el problema	Vicente Iván Soto Hernández	18
La causa del edén	Erika Isabel Castillo Santiago	22
Misión fallida	André López García	26

## TEXTOS DE AUTORES VAGONIANOS

**[Ésa fue la última foto que nos tomamos. El tiempo pasa rápido.]**

El viajero	Ajena a la vida	32
Ojos sepia: un cuento en blanco y negro	Glinwen	35
Es complicado...	Vainilla	37
Quemarte amarte	Julieta Purpeá	38
Calles de Coyoacán	Ajena a la vida	40
De pasada	Moon Strong	41

**[Cruz a la orilla de la carretera.]**

Recuerdo	Glinwen	45
Cuentos para insomnes	Arquero	47

Dante y el silencio	Moon Strong	50
Death driver	Laura Itzel Domart	51
Jugo de naranja	Julieta Purpeá	54
La saga de las doce noches	Ajena a la vida	55
Esferas estelares	Arquero	57

### [Una mujer mece a un niño que no nació.]

Miércoles 15 de marzo, Café Avellaneda	Natalia Ruiz	60
Frío	Julieta Purpeá	62
Sueños	Guillermo Amador	64
A-Tiempo	Áraga	66
Voces	Murphy	68
Malas decisiones	Julieta Purpeá	69
Tóxico	Valú	70
Sueño que jamás soñé	Ajena a la vida	73
Arcoíris y gatitos	Vainilla	75
En los ojos de un cuervo	Arquero	77
Latidos	Julieta Purpeá	79

### [La noche al otro lado del mundo.]

El día que la niebla se comió al mundo	Julieta Purpeá	82
#aKosado	Tito Nowaki	85
Reencarnación de muerte	Champa	89
Monólogo de Eduvigis viendo arder a Comala	Guillermo Amador	93
Equipaje para terminar el invierno	Arquero	101
Juan Carlos Carraza	Ajena a la vida	103
Orientación de Andrés	Laura Itzel Domart	106



**OTROS FINALISTAS DEL 6º CONCURSO INTERPLANTELES  
DE CUENTO BREVE “AVENTURA SOBRE RIELES**

**[En la ventana, esperando la primavera.]**

Cuento de una hora	Emilio Méndez Gálvez	112
El saxofón que acompañó a un hombre	Sabina Yutsil Varela Turcott	117
La vida según la muerte	Óscar Arturo Romero Flores	120
Las notas más bellas están en su voz	Karen Eli Pérez Monroy	124
Preso de pensamientos	Rodrigo Yocef Sánchez López	126
Silueta	Damaris Sujei Muñoz Arroyo	128
¿Y los machetes?	Erik de Jesús Flores Juárez	131

## Baúl de fotos atemporales

Tomas un pequeño libro del estante. Miras el contorno de lo que alguna vez fueron fotografías. Te preguntas si vale la pena indagar sobre su historia, si es posible encontrar algo importante como para hacer el esfuerzo de buscar datos adicionales. Nada te lo impide. Aquí, en el fondo de la casa, es lo mejor que puedes hacer para mantener la cordura.

Al parecer es un álbum de fotos dañadas. Una especie de memorias de viaje. Aún así te lo imaginas todo. Las imágenes, casi inexistentes, te dejan soñar con el tiempo en que la vida fue así: un álbum. Es hora de tomar el equipaje, apagar las luces y recorrer el mundo hasta el siguiente invierno.

Cuando me invitaron a prologar este libro sabía que no sería una tarea sencilla. Caminar a oscuras tiene su encanto a pesar de la dificultad. Mirar el interior de una casa húmeda es casi un sinónimo de entrar en un libro escrito por El Vagón Literario. Es la necesidad que se tiene de sentirlo todo, las asperezas de los contornos asimétricos, la humedad de un patio lleno de musgo, los peldaños para llegar a tu rutinaria habitación. Todos los textos, puedo presumir, te invitan a completar la magia. A jugar a ser un viajero e incluirte en sus aventuras. Nada es más placentero que vivir en medio de letras que sueñan y encontrarse a pesar del tiempo.

Las voces de este libro iluminan los rincones; nos dan la certeza de volver a casa después de haber conocido los contrastes, de haber jugado con las sombras, de descubrir el polvo en nuestros dedos.

La historia no sólo se escribe con libros y lo que nos cuentan sobre ella, sino a partir de las experiencias, lo que guardamos en el equipaje, los retratos de quienes convergemos en el mismo espacio. Es hora, pues, de hacer maletas. Nos espera un largo viaje y el camino es impredecible.

Felipe Montero  
Escritor e historiador  
México, Donceles 815

**6° CONCURSO INTERPLANTELES  
DE CUENTO BREVE “AVENTURA  
SOBRE RIELES”**

**TEXTOS PREMIADOS**



**[En esta foto, los que se subieron  
al pódium en aquel concurso.]**

1er lugar

## Ése es el problema

*Todos los seres humanos quieren vivir:  
pero ninguno sabe por qué vive.*

Schopenhauer

Antes de que Prudencio llegara a las últimas consecuencias que un hombre puede soportar, muchas cosas habían sucedido, pero él no lo sabía. ¿Qué necesidad tenía de tantos esfuerzos?

Como una aventura sobre rieles, las vibraciones del tren hicieron eco en la vida de Prudencio, una vida sin brillo. A las cuatro: despertar, desayuno, televisión, transporte, detenerse, continuar hasta la Avenida Revolución, detenerse, avanzar, ocho horas de trabajo, descanso... y así lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. A pesar de eso, el tiempo lo llevaba hasta la más extrema normalidad y ese día fue especialmente diferente. Lo fue porque al abrir los ojos se creyó capaz para algo mejor. “Tengo las aspiraciones cuesta arriba; hoy quiero ser de verdad”.

Con un deseo inexorable de mejorar su vida, de mirar sin desprecio las caras horribles del metro o de jugar a no ser de este tiempo ni de este mundo, Prudencio sentíase omnímodo.

Él no vive tan solo, su gato lo acompaña antes y después del trabajo. Su mascota no maúlla mucho porque está estéril; cuando lo hace, tiene

hambre o ve a otra gata... Quizás hasta los animales saben que la atracción no se concentra en los cojones, sino también en las tripas, ¡en los sesos!

La primera imagen reposada en el mueblecillo frente a la cama que encuentra Prudencio al levantarse es de una muchacha lánguida, despeinada, con jeans sucios y zapatillas rotas; se muestra rebelde. A la derecha, un reloj que marca las cuatro.

Aunque él ignora que cada diez minutos muere más, es tiempo suficiente para hacer el ritual de todos los días. Enciende la televisión (como siempre: negra y plana por fuera) concebida para tipos como Prudencio, comunes y corrientes. Él lo sabe y por eso pretende encontrarse entre la multitud hipnotizada.

Ahora prepara el desayuno, café con leche y leer el periódico. Pasa sobre cada esquina del papel un dedo humedecido por su lengua, esperando encontrar una noticia más melancólica. Dos tragos. Echa un vistazo a aquellas letritas resaltadas en negro: *“Hoy es tu día de suerte”*.

Todo indica marchar como nunca: su gato no se meó encima de las cobijas. El recuerdo de su mujer no trajo consigo lágrimas porque “quiere cambiar su vida”; eso también significa aceptar que la autora de aquellos sollozos no reside en la soledad de sus brazos ni de su amor; sencillamente, como todo hombre de corazón acostumbrado, le temía a la ausencia de sus ruidos matutinos, la incurable tos que los despertaba, ese silencio insoportable y desgarrador que se amarra como feto al nacer. El día parece ir como nunca por este estar siempre incompleto, perdido, fragmentado... como los escritores noveles: a la mitad. El presagio del diario. La tarde cálida y despejada. El desayuno por terminar.

Todo marcha perfectamente. Se le dibuja una pequeña sonrisa. Busca un papel, coge el bolígrafo cercano al borde de la mesa y escribe: **“Hoy comenzaré a vivir”**.

Por una pequeña distracción en el intento de esconder la punta del bolígrafo, Prudencio pincha su pulgar y exhala un quejido inaudible. El

crío succiona su dedo con sabor a... ¿tinta? Desde el diminuto agujero escapa una gota negra que peregrina en los aledaños del cuerpo del mono desnudo. Primero los brazos, hombros, pecho, ombligo, el miembro, las piernas y regresa... la cintura, los pezones, el cuello, el codo y otra vez el dedo. Encuentra aquella travesía placentera, como si repentinamente desterraran su alma atormentada.

Acude curioso a la cocina y coge un cuchillo. El primer corte en su palma es pequeño. Paulatinamente, las gotitas salen. Esta vez corren por su departamento. En el rastro encontramos figuras creándose: estelas verdosas, duendes soñando, árboles creciendo; el clásico ambiente *escritofrénico*: alonado, sencillamente hermoso, de otro mundo, un paraíso en movimiento.

A esa altura, una revelación cae sobre Prudencio quien ya ve el recuerdo de su esposa en aquel oasis mágicamente prefabricado. Él puede quitarle lo imposible, encontrar la cura del cáncer o inmortalizarla. “¡Qué difícil es la vida sin buena compañía! ¡Qué difíciles son los días sin ti! ¡Te echo tanto de menos! El gato se sigue meando; te enfadarías igual que todas las mañanas”...

Ahora los edificios de la ciudad distorsionados en cactáceas y matorrales espinosos tiemblan por una intempestiva interrupción. Es un sonido fuera de letras; el mundo de Prudencio tiembla... En el amago de abrazar a su esposo, ella, la del recuerdo, se desvanece entre el viento y él llora, llora por primera vez en el día. El cielo etéreo, la vegetación y los manantiales, caen como lluvia color petróleo. Esas pequeñas hormigas regresan flechadas a la mano de Prudencio, su creador.

...

¿Quién tocará la puerta? Aparta el bolígrafo y revisa afuera. “Mijito, ¿cómo estás?... Yo también... De nuevo tu gato, toma, le dio un buen susto a Micifuz”. La anciana pasa los ojos sobre Prudencio. “Estás sangrando. ¿Necesitas ayuda?”. Mira la palma de su mano. “Es sólo tinta”. “¿Tienes al-



gún problema, mijito?”. Preguntas sin sustancia. “No, señora, gracias, el gato no volverá a escapar... Hasta luego.” Cierra la puerta y entra al baño. Mira su reflejo, sus manos... juraba que era tinta. Cae agua y la cortada sigue ahí. Recuerda la pregunta: “¿Tengo algún problema? Mi problema es que no estoy hecho de sangre, no soy el hombre trivial... mi problema es el imbécil hipnotizado que soy. Mi extrañeza y el jodido gato calenturiento. El problema es la desahuciada existencia de mi esposa. La prisa que siempre llevo o quizás las noticias que leo para saber de otra gente sufriendo más que yo. Esta manía fecunda de coger un bolígrafo y aventurarme. Y es que uno comienza a escribir... ése es el problema.”

Vicente Iván Soto Hernández

2° lugar

## La causa del edén

Lanzas un largo suspiro al aire. Posas tus manos detrás de tu cuello y lo mueves intentando que el dolor pase, pero sabes que no es posible. Eres consciente de que necesitas ir a la cama y descansar las pocas horas que faltan antes de levantarte para ir a trabajar.

Cierras el archivo en el que has estado trabajando por algunos días, deseas terminarlo ya; hace tiempo que te desesperaste, pero el trabajo parece infinito. Apagas la laptop y te recuestas un momento en el sillón. Cierras los ojos. No puedes evitar que la imagen de alguien pase por tu mente, te frustra no ser capaz de olvidarlo a pesar del tiempo que ha pasado, así que abres tus ojos intentando olvidar el recuerdo.

Miras a tu alrededor. La casa está vacía. Sin poderlo evitar, empiezan a llegarte los recuerdos de tu niñez; la nostalgia entra en ti, y es que recuerdas cuando tu madre se quedaba contigo por las noches haciéndote compañía y dándote su apoyo; aquel tiempo en el que no estabas sola.

No puedes evitar que una lágrima se escape por tu ojo derecho. Cuando te das cuenta de la humedad que ésta va dejando por tu mejilla, te levantas de golpe. Ahora no sólo estás frustrada, estás molesta contigo, con tu familia, con tu trabajo, ¡con él!

Con tu mano limpias de forma brusca la lágrima rebelde que escapó

de tu ojo. Miras a tu alrededor una vez más y te calmas. A pesar de ser una adulta, te sientes como una adolescente otra vez. Como aquellas veces cuando hacías un berrinche. Sólo que ahora ya no hay a quién reclamarle, así que respiras varias veces y te relajas. Tu cuerpo necesita un poco de descanso, has estado esforzándote mucho últimamente.

Caminas por la sala hasta el marco de la puerta. Miras atrás antes de apagar las luces. Tu laptop sigue ahí y la marca en el sillón donde estabas sentada también. Apagas la única luz encendida de la casa. Avanzas hacia las escaleras y estás a punto de subirlas, pero un rugido te detiene antes de que subas el primer escalón: es tu estómago que te reclama para que lo alimentes. Te das cuenta que en todo el día sólo almorzaste un tazón de leche con cereal. Te recriminas, ¿cómo te olvidas de algo tan importante como la comida?

Avanzas a la cocina, prendes la luz y por un momento te deja ciega tanta claridad porque después de algún tiempo en las tinieblas ya te habías acostumbrado.

Miras el reloj de la cocina, marca la 1:37 am. Maldices a tu estómago en aquel momento. Realmente es muy tarde y mañana debes madrugar. Haces la cuenta del tiempo que tienes para dormir y notas que sólo descansarás cuatro míseras horas. Frunces el ceño, pero después suspiras otra vez. De nada sirve molestarse ya.

Caminas hacia el refrigerador. Otra cosa mala qué apuntar en aquella madrugada: no hay nada para comer, te olvidaste de hacer las compras por la tarde cuando volvías de trabajar. Cierras bruscamente el refrigerador. Cada vez te molestan más, sin embargo, sigues intentando mantener la calma, intentas tranquilizarte.

Caminas hacia la alacena y tomas un vaso, tienes sed, mucha en realidad; eso lo descubres cuando ves el vaso llenarse conforme el agua corre. Cuando ya está lleno te lo tomas apresuradamente. El vaso queda vacío y lo vuelves a llenar.

Te sientes mucho mejor que hace un rato, el agua te ha refrescado. Te haces una nota mental de llevar una botella de agua a la oficina a partir de mañana, sin duda te haría muy bien.

Estás a punto de darle otro trago a tu segundo vaso de agua cuando un sonido detrás te altera. Sueltas el vaso que cae directo al piso y se estrella. Ahora no te importa mucho eso, tú sólo volteas rápidamente a ver aquello que te asustó. Cuando miras atrás con el corazón laténdote a mil, te sorprendes. En realidad no hay nada. Aunque tú jurarías que escuchaste algo, no sabes con certeza qué cosa fue ese ruido repentino; ese algo que no causaste tú y que sin duda nadie pudo hacer porque estás sola.

Extrañada regresas a ver el desastre que causaste. Ahora el piso está mojado y los vidrios se dispersaron. Te sientes fatigada; a pesar de eso sabes que debes recogerlos porque por la mañana te olvidarás de ellos y no quieres llegar tarde a la oficina por culpa de un accidente.

Vas por una bolsa para meter todo y te agachas a recoger uno a uno los vidrios. Maldices el no tener un recogedor en ese momento. Volteas a ver el reloj y para tu mala suerte ya es la 1:55 de la mañana. Nada podría ir peor.

Levantas un vidrio en aquel mismo instante. Te parece tan atractivo que no puedes evitar quedarte mirándolo por unos segundos más. Tiene un brillo especial y está un poco viscoso; supones que se debe al agua regada. Sientes algo que te llama la atención, algo te atrae hacia él.

El reloj de la sala suena marcando las 2 de la mañana. Te altera el sonido repentino y diriges tu vista hacia la puerta de la cocina por unos segundos, tal vez 3 ó 4. Cuando regresas la vista, lo único que alcanzas a ver es la sangre que escurre del vidrio. Lanzas un grito mientras lo sueltas y te levantas rápidamente. Miras hacia el piso y ves que el agua regada de hace unos momento se volvió roja. Tu corazón late de prisa. Otro ruido detrás te altera y vuelves a voltear. Nuevamente no hay nada.

Empiezas a escuchar pisadas: de arriba, de la sala, detrás de ti, de to-

dos los sitios. Lágrimas escurren por tus grandes ojos. Sientes que cada vez se va acercando más y más esa cosa; sientes un miedo poderoso y lo único que puedes hacer es quedarte paralizada.

De pronto todo se torna quieto, callado. Esto no ayuda en nada, al contrario, te asusta mucho más el ya no saber dónde está eso que camina, el no saber qué pasa.

Cuando estás a punto de echarte a andar, de mover un músculo y ver qué sucede, de prender las luces, sientes una respiración detrás de ti, en tu nuca y, sin pensarlo mucho, corres escaleras arriba. Ya da igual.

Entras al baño y te encierras ahí, enciendes la luz y te sientas en el piso pegada a la pared, mirando directamente la puerta. No pasa nada por algunos minutos, incluso tu mente empieza a dudar de lo que ha pasado, tal vez sólo ha sido tu imaginación. Estás tan sumergida en tu mente que casi gritas cuando la manija de la puerta es forzada a abrirse. Lo que sea que esté allá afuera quiere entrar, quiere abrir. Te haces un ovillo intentando tranquilizarte.

De pronto todos los males se van. Tu miedo desaparece y dejas de temblar, pero ahora tu llanto ha crecido. Las lágrimas se desbordan de tus ojos. Has escuchado su voz, la voz de quien tanto amas, esa voz que hace tres años dejaste de oír por culpa de un borracho que terminó en la cárcel, la voz de una persona que se había quedado en el pasado.

“Abre la puerta, por favor.”

Ni siquiera lo piensas. Corres en dirección hacia ésta, tropiezas una vez, pero te levantas sin importarte el daño recibido. Quitas el seguro y abres.

*El cadáver de una chica fue encontrado por la mañana. El informe policíaco señala que se trata de un suicidio. Hora de muerte: 2 a. m.*

Erika Isabel Castillo Santiago

## Misión fallida

—¿Quién está ahí?—preguntó una voz temerosa al fondo, surgiendo de la oscuridad.

La otra silueta, poco iluminada por los rayos de la luna —apenas perceptible, a decir verdad— no respondió. Hubo, en cambio, un silencio absoluto. Ante esto, Martha sintió cómo un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Pregunté algo... No me obligues a llamar a la policía... O a la alarma vecinal.

De nuevo sin respuesta. Ni siquiera pudo distinguir una respiración; parecía como si, incluso, la estuviera aguantando. Martha estaba a punto de echarse a correr por el teléfono de la sala, arriesgándose a que se cayera por no ver nada en el suelo. ¿Y si el niño había dejado un juguete por allí? Tomando en cuenta que las vacaciones de la sirvienta habían comenzado esa mañana, que la energía eléctrica había fallado hacía ya unas horas y que, en efecto, Jorge era descuidado al finalizar su entretenimiento, la posibilidad de tropezarse con un *Lego* casi se convertía en una certeza. A pesar de ello, de los riesgos que tomaba, se tranquilizó diciéndose que caminaría con rapidez, pero sin olvidar la precaución. Esperaría a la defensiva mientras marcaba tres dígitos facilísimos y listo. Solamente hacía falta tener cuida...

—No lo hagas —le dijo al fin la sombra misteriosa. Sonaba más a una sugerencia que a una orden. Martha creyó notar cierto grado de preocupación en ella. No lo supo con exactitud, ni habría podido asegurarlo si se lo preguntaran, pero sabía quién estaba hablando. En el fondo conocía esa voz. Al menos ahora sabía que el intruso era mujer. ¿La muchacha, tal vez? Sí, seguro le había ido a dejar las llaves de la casa que olvidó poner sobre la mesa antes de marcharse. La llamó por su nombre, sin embargo, no respondió. Después de unos momentos, al oírla hablar nuevamente, pudo darse cuenta de que en realidad ni siquiera era la criada.

*—El peque no dejó un juguete, dejó comida. Es más fácil que resbales.*

Se quedó pasmada, sin saber qué hacer más que escrutar el fondo de la habitación en busca de un indicio, alguna persona que concordara con la silueta, pero le fue inútil. Nada cuadraba. ¿Cómo sabía, entonces, que Jorge había dejado parte de su desayuno en el piso de la sala, antes de salir de excursión con su padre?, ¿o sería que sólo estaba haciendo tiempo?

—Te juro que si no me dices quién eres, usaré esta navaja que tengo en mi bolsillo. Mi esposo me la dio en mi cumpleaños para que pudiese defenderme y créeme que estoy ansiosa por estrenarla.

*—Primero que nada, esa navaja no existe —repuso astuta—. Lo único que Sebastián te ha regalado son flores baratas y feas que se marchitan en menos de una semana, nunca una navaja. Segundo, siempre has sido más cobarde que un conejo frente a un perro rabioso. Ni siquiera te has atrevido a ir por el teléfono. Te recomiendo que no lo hagas. Tienes que confiar en mí, no tengo mucho tiempo y estar aquí duele mucho. ¿Quieres saber quién soy? Adelante. Pero, por lo que más quieras, no corras hacia la sala.*

Se acercó. Martha, como si se viera en un espejo, contempló un rostro traslúcido iluminado por los pocos rayos de la luna que la ventana dejaba pasar hasta la cocina. La cabeza de su igual estaba abierta. Dejando que algo parecido al humo, color rojo, escapara de ella. Alrededor de la aparente herida, la piel comenzaba a cuartearse y resquebrajarse, como

un vidrio a punto de reventar. El ojo izquierdo había adquirido una preocupante y muy asquerosa tonalidad rojiza. Intentó articular un grito, pero nada salió de sus delgados y finos labios. Acto seguido, perdió el conocimiento.

Al caer, la otra alargó los brazos con la intención de sujetarla, sin embargo, Martha pasó a través de ellos como si de aire se tratara. Su cráneo se estrelló contra la esquina de la mesa produciendo un sonido seco. Ya en el suelo, la sangre comenzó a juntarse en un charco oscuro y pegajoso.

También el fantasma se quedó con un grito en la garganta, implorando salir. Mientras se desvanecía poco a poco a mitad de la noche, se dio cuenta de que había fallado y en realidad provocó lo que en un principio quiso evitar. La muerte era implacable e inevitable. Si había tenido una segunda oportunidad para enmendar las cosas, era sólo para demostrar que no había escapatoria. Cualquier intento sería inútil, las cosas ya estaban hechas. Lo único que quedó de ella en este mundo fue un sollozo ligero, suave y adolorido, después, un silencio sepulcral reinaría junto con el resto de la noche, al menos hasta que Sebastián y Jorge llegaran, entonces los gritos, esta vez, podrían comenzar.

André López García



## **TEXTOS DE AUTORES VAGONIANOS**



**[Ésa fue la última foto que nos tomamos. El tiempo pasa rápido.]**

# El Viajero

*Para Martha, por todo su cariño.*

Martha había subido al Viajero mucho más temprano de lo que cualquiera lo haría. Tanto así que cuando se acomodó en uno de los mullidos asientos verdes del tren, notó que a excepción del sombrío personaje de extraño bigote que se encontraba tres asientos enfrente, no había nadie más que ella en el vagón.

La primera vez que había visto y entrado en el Viajero, rozaba los diez años de edad. Su madre la había arrastrado hasta ahí, insistiendo en que tenían que visitar a su abuela Martina, quien había desaparecido casi veinte años atrás.

Martha, entendiendo apenas, preguntó ingenuamente cómo se encontraba algo que había estado perdido durante tanto tiempo. “El Viajero sabrá a dónde ir, en él encontramos lo que se nos ha perdido”, respondió misteriosamente su madre. El resto del viaje guardó silencio y se dedicó a contemplar por la ventana.

El Viajero las llevó a un lugar lejano, en un largo viaje que ella apenas recuerda; sin embargo, aún después de todo ese tiempo, es capaz de recordar la última estación del Viajero. Aquélla en la que las aguardaba un pueblo cubierto de nieve, con casas de vidrios empañados y reflejos de

luces cálidas por aquí y por allá.

“Es justo aquí”, susurró su madre.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó la niña.

“Sólo lo sé”.

Su madre no había mentido aquel día. Martha conoció a la desaparecida abuela Martina y disfrutó de su compañía tanto como duró aquel día. Tan pronto como llegaron, volvieron por el mismo camino. O por lo menos, eso creyó Martha. Pero lo que más le extrañó es que su madre no quisiera volver nunca más, tomando en cuenta que ella también desaparecería tiempo después.

Martha miró por la ventana, donde la fría y gris ciudad se despedía de ella, mientras el Viajero iniciaba su travesía. Pronto, se encontró al resguardo de hermosos espacios abiertos y el cielo azul adornado de decenas de petirrojos que danzaban al viento.

Como hacía casi veinte años, el Viajero la transportó por distintos pueblos encantados y paisajes difíciles de imaginar. Cruzó desiertos con arenas de distintos matices y mares con peces cantores. Se maravilló con los colores de un cielo en el que volaban y volaban en libertad hermosas criaturas que sólo existían en los libros de fantasía.

Por las noches las luces de las miles de luciérnagas que guiaban al tren, la arrullaban mientras sus sueños se iban impregnando de una paz que no conocía. ¡Qué delicia era viajar en el Viajero!

Durante su viaje, Martha iba alejándose cada vez más de la realidad y acercándose a los confines de su propio país de las maravillas, con el firme objetivo de seguir las palabras de su madre y encontrar aquello que había perdido y anhelaba hallar con todo su corazón.

Al pasar cinco días enteros en el Viajero, el corazón comenzó a latirle con fuerza, cuando de pronto...sólo lo supo. El Viajero se detuvo en un pueblo cubierto de nieve, con casas de vidrios empañados y reflejos de luces cálidas por aquí y por allá.

“Es justo aquí”, susurró, mirando el pueblo que una vez dejó atrás en sus recuerdos. La persona que la había venido a buscar, la estaba esperando con una sonrisa de inevitable alegría en el rostro y los brazos abiertos de par en par. Se acercó con cuidado, mientras iba desapareciendo de otro mundo que quedaba ya muy lejano.

“Te extrañé”, le dijo a su anfitrión, sabiendo que aquél, era su último viaje en el Viajero.

### *Ajena a la Vida*



# Ojos sepia: un cuento en blanco y negro

*Para Laura, en instantánea.*

Lo miro.

No sonrío, no está triste, no hace ningún gesto. Tampoco puedo decir que está serio. Son sólo sus ojos. Parece que está observando algo muy atento.

Tiene un aire tan antiguo, aunque su rostro es joven... Tiene la piel amarilla, el cabello café, café tostado, y sus ojos irradian en ámbar. No sé si ése es el color de sus ojos en la realidad, pero me gustan...

Su ambiente coloreado de sepia fue lo que me llevó a observarlo. Resaltaba entre lo blanco y negro que es todo por aquí...

Y yo lo miro. Lo miro desde todas direcciones y me imagino que sus ojos también me siguen. ¿No sería maravilloso que de verdad pudiera verme también?

\*\*\*

La veo.

Algo tienen esos ojos grises que me llama la atención. Capturada en su mundo de blanco, gris y negro, su alma se nota desde lejos, en medio del sepia que se pinta por acá.

Tiene una expresión que me abruma, como si estuviera escudriñando algo.

Su piel se ve tan blanca y el cabello es de un negro tan profundo... Sus ojos impresos en gris pareciera que me estuvieran viendo, observándome atentos, muy atentos. Aunque soy yo en realidad quien la mira.

Sí, suena maravilloso, pero quién sabe... Quizá... quizá nos vemos mutuamente.

*Glinwen*

## Es complicado...

Ella es más que la suma de sus partes. No sólo son sus palabras suaves, dulces latidos, pequeñas manos, extrovertida risa, abultada y descontrolada anatomía, embriagante pero nauseabundo aroma. Es también la manera en que calla ese silencio, esa duda, esa espina que tengo sobre ella. El cómo amarga los momentos juntos, me abandona por las noches y no escucho su mudez.

Pero, ¿qué razón tengo yo para hablar de ella?

Ella es libre como una mosca, a la cual tratan de atrapar las ranas en medio de ese enjambre de mariposas. A ella no le importa ser opacada, sabe que sólo las estrellas brillan en la penumbra.

Ella se pertenece. Es cierto que no tiene propietario ni terrateniente. Aún así me deja acompañarla en este atrevido y peligroso descubrimiento.

Vainilla



## Quemarte amarte

El trabajo y las deudas me tienen gastada.

Casi no duermo, las cuentas no me salen de la cabeza, el maquillaje ya no me cubre las ojeras y tu recuerdo se descompone cada vez más dejando un putrefacto olor en el departamento.

Llevo días, desde que te fuiste, tratando de lavarte de mi piel, de mi cabello. He metido en remojo varias veces ya mi alma, pero tu olor persiste. Estoy que me vuelvo loca.

Hora tras hora aumenta ese olor nauseabundo, se adhiere a las paredes, a las cortinas y a la cama. Mi perro huele a ti; mis libros y hasta la computadora ya desprenden ese olor que a cada segundo se vuelve más insoportable.

25,263 segundos pensando. Enciendo otro cigarro. El humo me alivia y mis ideas se disparan.

¡Voy a quemarte!

Tuve que quemar mi cama para dormir en paz un rato. Quemé las cortinas y la luz entró nuevamente. Incendí una a una las plantas que sembramos juntos.

¡Qué olor tan persistente! Quemo cada cosa que te tiene impregnado.

Quemé el reloj y el tiempo se detuvo. Quemé todas tus camisas, quemé el departamento de la vecina y el teléfono para no llamarte, para no llamarme.

Quemo todo. Que quede en cenizas la mala suerte de no tenerte. Que no haya nada que te recuerde.

Respiro humo, tu recuerdo arde. Me doy la vuelta. No van a poder apagarte.

*Julieta Purpeá*

## Calles de Coyoacán

Por estas calles de Coyoacán me encontré con la muerte montada en un tranvía y el diablo bailando un danzón.

Entre estas artesanías de Coyoacán supe que las historias tapizan la calle empedrada y que mi Catalina no volvería. ¡Ay, mi Catalina, cuánto yo la quería!

Al caer la noche, cuando las luces se dejan encendidas, a una familia a la que le va mal, de pronto le empieza a ir bien. Todos observan el milagro con el café en la mano y la cara de alegría.

No puedo detenerme en Coyoacán sin contemplar a dos ancianos besándose cariñosamente. Sigo caminando y noto las flores nacientes donde ya no crece ni la esperanza misma.

Entre las artesanías, la gente y el sol a mediodía que cae por estas calles, recuperé mi infancia mientras me encontraba con la vida y juntas brindamos con un buen mezcal.

¡Cómo extraño esas calles de Coyoacán, donde encuentro un pedacito de mí casi todos los días...!

*Ajena a la Vida*

## De pasada

Regresé a casa de Daniela en la noche. Ya tenía mucho tiempo fuera de ella y fuera de su casa. Me planté destrozado, harto del círculo en el que estaba viviendo, girando alrededor de un eje sin escape. Toqué diez, once, doce veces. ¡Hacía tanto frío afuera!

No es fácil sacar a Daniela. Cerraba todo para poder descansar. Yo necesitaba dónde quedarme. Entonces abrió. Se sorprendió al mirarme. Y se enojó, por supuesto que se enojó.

“Ya ni la chingas”, gritó. “Son las cuatro de la mañana, ya ni la chingas. Es demasiado”. “Ya no aguanto más”, le dije. Las lágrimas se me escapaban, yo no sabía llorar, no podía detenerlas. “Ya ni la chingas, Damián”. Me dejó entrar a la casa y traté de abrazarla, pero me empujó. “¿Dónde estuviste?” Ella misma se puso a llorar. Traté de abrazarla otra vez y otra vez me empujó.

“Ya ni la chingas. Acuéstate en el sillón, duérmete”, me dijo. La seguí a su cuarto, caminé detrás de ella. “Estás pendejo, si crees...” Me empujó con fuerza y caí al suelo. “Das lastima, cabrón, ni parado te puedes estar”, insistió. “Es que es demasiado”, respondí, “no puedo seguir”.

“No sé para qué volviste, ya nadie te necesita”. Y se acercó para asegurarse que la oyera: “YA NO TE NECESITO”.

Es dura esa Daniela, siempre ha sido dura, pero me ayudó a pararme.

Buscó la manera de subirme al sillón. El olor a perfume lo recuerdo dentro de la nariz, ni siquiera alcanzó a bañarse después del trabajo.

“No me dejes. Estoy solo, tengo frío. No me dejes”.

“Duérmete, cabrón”. Pero su voz ya no era tan dura; quizás recordó, quizás volvió a su memoria el pasado. Quizás por ello me ofreció una cobija. No sonrió, pero su mirada se volvió menos huraña.

Esa noche, yo en el sillón, con esa cobija, pero muriéndome de frío, vuelta tras vuelta, temblaba más que ahora, a pesar de tener un cuerpo caliente.

Temblaba más que ahora porque ya... ni yo me necesitaba.

**Moon Strong**



**[Cruz a la orilla de la carretera.]**



# Recuerdo

Recuerdo que esa mañana se levantó temprano. Cogió del armario mi vestido azul con flores amarillas y se ató un listón rojo en la cintura. “Así ya me queda” y me sacó la lengua en una sonrisa.

Recuerdo que desayunó a toda prisa un huevo estrellado, no volteado, una rebanada de sandía y un vaso de leche. “Gracias, mamita” y salió corriendo. Traía puesto el vestido azul de su hermana.

Recuerdo que pasó como una brisa y me besó la barba. Rechazó otra vez que la acompañara. “Ya soy una chica grande”. Había tomado el vestido de su hermana mayor, que le quedaba suelto.

Recuerdo cuando entró a mi tienda. Compró un gran globo con forma de estrella, amarillo. El mismo amarillo de las flores de su vestido. “Gracias, señora. Es para mi mejor amiga”.

Recuerdo cuando la vi pasar frente a la heladería. Llevaba un vestido azul y un globo amarillo. “Buenos días, señor” y siguió corriendo hacia el parque.

Recuerdo cuando mi hija me dijo llena de emoción: “¡Ahí está!”. Enseguida corrió hacia ella, gritando su nombre.

Recuerdo cuando la vi a lo lejos, del otro lado del parque. No nos habíamos visto en meses. Gritamos nuestros nombres y corrimos para encontrarnos. Traía un globo amarillo, de estrella, que era para mí.



Recuerdo que vi a las dos niñas corriendo una hacia la otra. Ella corría tan de prisa por la orilla del parque. Tropezó y cayó hacia la calle cuando el auto gris pasaba.

Recuerdo que conducía junto al parque cuando sentí el golpe. Frené, pero ella había caído justo sobre el auto. Por la ventana vi el globo amarillo irse volando. Me paralicé. Escuché gritos. Cuando bajé del auto corrí hacia ella. Traía un vestido azul de flores amarillas.

Recuerdo al conductor gritando por ayuda, mientras la gente los rodeaba. Me abrí pasó y tomé la muñeca de la niña. No sentí nada.

Recuerdo a la otra niña gritando y a su madre que la abrazó muy fuerte.

Recuerdo cuando llegaron la ambulancia y la patrulla.

Recuerdo cuando llegaron los padres y la hermana mayor y subieron a la patrulla en medio del llanto.

*Recuerdo el rojo en su vestido azul de flores amarillas.*

*Y siempre recordaré.*

Glinwen

# Cuentos para insomnes

*A Monyk*

Aún podía saborear su sangre en la boca. Pero corría sin dirección, viraba en esquinas para perderse, para no ser visto nunca más. Corre sobre las aceras y entre los autos. Da vueltas incontables, impensables y se aleja más. Cuando por fin piensa que nadie lo ha seguido, se pone el gorro, mete sus manos en los bolsillos de la sudadera y se sienta en un parabús para descansar un poco. Mira inquieto la larga avenida sin personas. Algunos carros aún transitan por la inmensa calle y la noche parece envejecer sobre las lámparas.

Dos y media de la madrugada y un sol que sabe tardará en salir. Dos sujetos caminan y se ríen. Se ríen de él, de lo asustado que está, de cuán ridícula se ve su sangre escurriendo sobre su barbilla, de su cara roja por el esfuerzo de correr, de su cuerpo delgado, de su no saber a dónde ir. Se ríen de todo lo que él representa: un cobarde. Se levanta de nuevo y camina apresurado. Sus piernas ya no le dan para poder sostener otra carrera, a menos (claro) que esté en peligro de muerte. Sube un puente peatonal y mira alejarse a los dos sujetos por una calle hasta perderse entre las sombras. Respira sin la más mínima sensación de alivio, pero como si lo sintiera. Decide volver a casa. Caminar de nuevo a un lugar que por lo menos

reconoce y olvidarse de todo lo sucedido. Del señor extraño que lo hizo bajar del metrobús, del golpe que se dio con la puerta intentando huir.

Camina apresurado, esta vez por un lugar oscuro, con un dolor insoportable en sus pies. Trata de mantener su mente en blanco, pero es inútil, la calle ofrece las mejores posibilidades de pensar en la muerte. Imagina terribles escenarios en su cabeza. Desde accidentes bastante desafortunados hasta una red de criminales en busca de él. No corre, en todo caso prefiere ahorrar energías hasta el momento justo en que se vea exigido a salvar el pellejo. Trata (eso sí) de estar alerta para no desaprovechar ni un sólo segundo de su escape, para no ser sorprendido.

Observa las sombras más sospechosas. Trata de escucharlo todo, de no dejar ningún lugar por el que pueda pasar sin ser visto. Todo se mueve en la noche, todo puede hacer un ruido que se imponga ante el silencio. Las sombras son engañosas, parecen inquietas aunque sean inmóviles. Todo se vuelve hostil y un posible refugio de delincuentes que, de un salto, te tengan con un cuchillo en el cuello. En ese punto nadie se siente tranquilo.

Revisa una y otra vez una misma sombra. Parece un hombre con sombrero. Es la tercera ocasión que encuentra una sombra similar, pero ésta la puede ver de frente en un lugar donde tiene que pasar. Se detiene súbitamente. Mira la calle, parece más estrecha de lo que es. La obscuridad se ha devorado la mitad de su ancho y sólo se ve un pequeño sendero apenas iluminado. Treinta metros aproximadamente hasta llegar a esa sombra extraña. No puede ser un ladrón, si lo fuera no se mostraría tan pasivo. Mira a la sombra sin poder parpadear, tiene una sensación extraña en el estómago. Es el miedo, es el no saber qué hacer. Esa misma energía que ha estado guardando ahora lo paraliza. La sombra parece moverse, parece aún más cercana, pero no ha escuchado ni un sólo paso. Debe ser su miedo.

—¿Quién está ahí?—pregunta con su voz entrecortada, pero no le responden. No está seguro de que lo hayan escuchado y trata de gritar clara-

mente su pregunta. Aun así, no le responden. No camina, no está seguro de que sea sólo una sombra. Da un paso hacia delante y se da cuenta de que sus pies le duelen aún más; en ese sentido fue mala idea detenerse. La sombra sigue en su camino, a menos de treinta metros de donde se encuentra.

Toma el suficiente valor y comienza a caminar. Con cada metro recorrido, la sombra pierde la forma de un hombre, ahora se vuelve una masa amorfa y oscura. Siente algo de tranquilidad, pero no deja de ver a la sombra que se va desvaneciendo. Nota un sonido extraño, apenas audible, que confunde con el golpeteo de una rama. De pronto, su dolor aumenta considerablemente, no puede levantar sus pies del suelo y cae estrepitosamente, algo lo empieza a arrastrar. Él se esfuerza por empujarse con sus manos. Grita por el dolor insoportable en sus pies, siente como si unas agujas penetraran sus tobillos. El sonido es más fuerte, es el de un masticar incesante. Él grita mientras una masa de carne putrefacta lo devora de forma convulsiva.

Arquero

## Dante y el silencio

Dante se cuelga por la ventana del cuarto. Llega hasta aquí escalando la pared, como lagartija. Tiene las manos sucias de tierra. Apesta. A su paso deja puro hedor.

Entra y me mira, ríe. Se detiene al lado de la cama donde duermo. Está raro, diferente. Yo no lo veo bien, ni en la oscuridad.

Le oigo decir que quiere quedarse conmigo para siempre, que no me quiere perder. Quiero hablarle. Mi boca es muda. Me gustaría decir que no lo quiero conmigo. Que ya no lo quiero.

Él se queda mucho rato ahí, sin hacer nada. En el sueño no pasa nada, es sólo que presiento que comienza algo oscuro. Lo presiento.

Me angustia por su redundancia. No me da miedo. Desde que Dante murió casi nunca duermo de un tirón.

*Moan Strong*

# Death driver

Allá fuera el mundo es violento, me digo mientras intento buscar un pretexto más para no moverme. Yo siempre tuve miedo del mundo, de la gente, de mí. Y nadie me entiende, pero soy miedosa, muy miedosa, con decirte que sudo cuando el metro parece rozarme la piel a dos metros de distancia. Prometí morirme en el mar y cada que tengo oportunidad de morir, nado con una desesperación exorbitante. Qué cosa tan contradictoria, dirás tú, pero así soy y me gusta. Me gusta porque rendirse es más fácil para los que aceptamos, de una, la cobardía.

No sé, tengo más miedo que antes. A veces me invento que fue por tanto Tarantino, pero en eso pasa una ambulancia tras otra. Míralas, van desesperadamente hacia el vacío. ¿Qué pasa si las ves en un plano nadir? Nada, pasa nada. Aquí es fácil acostumbrarse al hedor, a la muerte al por mayor; entonces, mi miedo cobra sentido. Quedarse aquí es la mejor opción, aunque escuche las balas y el llanto de ella todas las noches. No hago nada por ella, pero mirarla en distintos planos me ha dado mejores ideas que las de Scorsese. Lástima que ella se vea tan bonita en picada y él todo un monstruo en contrapicada. Lástima, mi película se ve a diario y nadie me da crédito.

Salir de aquí sería una barbarie, así que opto por la especulación. No es difícil imaginar que en este instante mueren más personas de las que

logran nacer y, a decir verdad, siento más pena por los que están a punto de llegar. Y es que la vida y la muerte dan lo mismo, ambas duelen. Tengo una imaginación prolífica y vale para nada. Buscar el mejor movimiento de cámara para una muerte prolongada no sirve de mucho.

Espero nada y en la nada se me va la vida, pero es que me gusta pensar que un día llegará la revolución del cine hasta el hogar. Imagina esto: tú piensas tu película, mientras ésta va apareciendo lentamente en el editor de video, así sólo tendrás que corregir unas cuantas cosas en el rollo de tu imaginación y listo, tienes una película. Si esto fuera así, yo tendría una carrera brillante, pero no... Debo conformarme con imaginar cómo se mata a una mujer. Y me da miedo, mucho miedo. Salir a la calle se me ha vuelto una tarea difícil. Mírame en un *dolly-in* brusco, rápido, como de película de suspenso porque mi expresión es mirar a todos lados. Detente y veme a los ojos en un plano detalle. Imposible, sé que me veo fatal, estoy a punto de llorar.

“¡Maldita sea! Los días duran y duran y no acaban. Lo único que necesitaba era darle sentido a mi vida. No creo que uno deba dedicar su vida a autoanalizarse morbosamente. Creo que uno debe convertirse en una persona como el resto de la gente.” Sí, justo ahí. Me gusta repetir *Taxi Driver* en ese diálogo y mirar a Robert De Niro directo a los ojos. He hecho mil cosas para estar cerca, cerquita de él, pero nada; incluso, he ensayado las palabras exactas que le diría, aunque en la mayoría de las ocasiones me quede mirándolo a lo lejos. Eso hacen las personas antisociales como él y como yo: mirarnos a la distancia mientras imaginamos lo bien que podríamos entendernos. Él y yo seríamos la pareja perfecta, porque a mí también me gusta la lluvia que lava las alcantarillas y la suciedad que sobra.

Pensar en girar la perilla me causa terror, pues detrás de la puerta podría estar un matón a sueldo, un violador. O no sé, allá afuera podría morir con una facilidad pasmosa. Ciertamente quiero morir, pero no quiero una muerte cualquiera, quiero una digna de un plano holandés. Sí, quiero

complejizar mi muerte. En un país tan lleno de muertes, morir se volvió pop, cotidiano, *cualquiercosa*. Y yo no quiero salir en la nota diaria que enumera las muertes porque nunca me han gustado los números.

Escucha. Sí, yo quiero morir con Roger Waters y David Glymor; es decir, que hagan el *soundtrack* de mi película. Pink Floyd nuevamente siendo PK, sólo por la puta muerte. Suena bien, ¿no? Esos agudos harían de la muerte una obra de arte, aunque en vida hubiera sido la mismísima nada. Sería perfecto... Mírame, ¿crees que mi caída es la adecuada? Pensé una toma en picada, otra en contrapicada y otra en cámara fija para captar la duración de mi caída. Y la irrupción de "Paint it black" con el mmj mmj mmj. Es una muerte singular, ¿no? ¡Oh no!, las balas atraviesan mi cráneo, el tuyo, el nuestro.

Laura Itzel Domart



# Jugo de naranja

Hay un zumbido en el aire. Las bocinas están encendidas, pero nada se reproduce en ellas, sólo un zumbido insoportable que no cesa.

Hay jugo de naranja derramándose en el piso y las luces parpadean cansadas de brillar todo el día. El andén está vacío, espero el último metro mientras el aire frío entra desde la superficie por un respiradero. Llevo demasiado esperando, el jugo de naranja se sigue expandiendo por el piso.

Hace frío, pareciera que el lugar palpita y, con voz propia, en un susurro, me recuerda lo miserable que es la vida.

Se escuchan pasos, no dejo de ver la forma en que se expande el charco de jugo. ¿De dónde ha salido tanto?

Los pasos están más cerca, el zumbido continúa, imparable, insoponible. Un grito. Levanto la vista. Una mujer petrificada al otro extremo del andén me mira con la cara desfigurada. Vuelvo mi vista al charco, el color se ha tornado más intenso, más rojizo. Ella trata de retroceder y en un paso en falso cae al piso; solloza y me pide que no la lastime. Recuerdo escuchar esas palabras unos minutos antes. Bajo una vez más la mirada al piso, ahí está, mi media naranja, apuñalada, dejando salir su jugo.

A lo lejos se escucha acercarse el último metro del día.

*Julieta Purpeá*

## La saga de las doce noches

La primera noche creó el cielo.

Desde hacía mucho tiempo que aquí todos los mares y los ríos se habían secado. Hacía tanto, tantísimo tiempo, que su deseo de mirar las nubes surcando sobre ellas sólo podía seguir creciendo. Así pues, la primera noche creó el cielo, entonces todos estuvimos agradecidos porque el viento juguetón nos divertía todos los días y saborear la lluvia recién conocida nos sabía a gloria.

“¡Qué bonito era! ¡Qué bien que hubiese creado el cielo!”, murmuraban todos complacidos, sin percatarse siquiera de los bellos matices naranjas que comenzaban a pintar el nuevo invento para anunciar el inminente fin del día y la llegada de otra noche más...

La segunda noche bordó con sus propias manos las estrellas de un manto que antes sólo era negro. Resplandecían como nunca otra cosa lo había hecho, haciéndonos pensar en el tesoro que había puesto allá arriba donde nadie era capaz de alcanzarlo.

Muchos dijeron entonces que, si las mirabas fijamente y te concentrabas con todas las fuerzas de tu ser, un deseo se te concedería. Otros, en cambio, pensaron que el mundo sería guiado por esta nueva creación y se dedicaron a estudiarlas. Lo cierto era que, por muy ingenuo, inteligente o sabio que fueras, se disfrutaría del resplandor de las estrellas por mucho, mucho tiempo...

La cuarta noche creó la tierra. En ella irguió de manera majestuosa las montañas, montes y valles. Al paso del tiempo, éstos serían la novedad en

el pequeño mundo que nacía. Como el artista que era, cada montaña difería de la otra y la última siempre era más hermosa que la anterior. Arriba nos robaba el aliento de forma indescriptible mirar hacia el precipicio; abajo la aventura nos llamaba al observar la gran altura.

Muchos de nosotros afirmamos que, de todas las noches, aquélla fue nuestra favorita. Pero, como era de esperarse, cuando alcanzó la perfección no se pudo detener ahí...

La quinta, sexta y séptima creó los árboles y los animales, al tiempo que trajo de vuelta los mares perdidos de la época antigua. Entonces cada día se volvió una celebración a la espera de la próxima noche y las nuevas maravillas que aparecerían con ella.

La octava nos hizo sus semejantes y nos dio el hambre. Todos necesitábamos obtener más de lo que ya teníamos y más de lo que no podíamos tener...Tomamos árboles y tierras y los llamamos “nuestros” por pura voluntad, mientras llamábamos extraños a quienes un día habían sido nuestro prójimo.

La novena creó el miedo y entonces todos sentimos que perdíamos lo ganado. “Mío, mío, mío”, reclamaban algunos. “No te lleves lo que me corresponde por derecho”, gritaban otros, mientras a todos nosotros nos iba separando cada vez más la brecha del nuevo invento.

La décima y onceava noches las dedicó a crear el poder. Miles de nuevos impostores que se autoproclamaron reyes levantaron sus castillos en lo alto de las montañas e inventaron discursos en nombre de un impostor aún más grande. Los sabios que se sentaron a esperar dijeron que en la llegada de la doceava vendría lo peor, mas ésta nunca dio indicios de aparecer...

...“O quizá sí lo hizo”, comentaron algunos mirándose entre sí y comprendiendo:

*La doceava noche nos había creado.*

*Ajena a la Vida*

# Esferas estelares

*Para Alex*

Graniza de nuevo. El mundo parece predecirlo. La gente se aglomera en las salidas de la ciudad con la ilusión patética de quien pretende salvarse. Todo tiembla y se hunde en mis ojos. Junto el valor necesario para hacer lo mismo, para sentir que hice lo imposible, aunque sea insuficiente.

Las explosiones llegarán irremediablemente. En medio de esta sin razón me queda el alivio de estar solo. Nada es peor que mirar los ojos de un ser amado esperando la muerte. Los cuerpos se estremecen con las manos caídas, con caras de nostalgia, con miedos de lo que llegará. Pienso en los niños. Deberían salvar a los niños. Las lágrimas me escurren con el agua que cae en mi espalda. El sol sale de pronto como una esperanza. Es un sol ficticio. Es el reflejo de la luz en las naves que lo inundan todo.

Las calles amarillas parecen putrefactas como en algún punto del atardecer del mes de agosto. Camino sobre ese asfalto. Me es imposible no pensar en la muerte, en cómo será. La idea de morir no me perturba, pero me es incómodo no tener la oportunidad de nada. De sentarme a esperarla, ya programada para mí, como un enfermo terminal. En mi locura se me ocurre que de no ser por mi reloj estaría disfrutando de otro día normal. No es cierto. Nada es normal desde que lo anunciaron. Desde ese

momento todos esperan la llegada de la primera detonación. Quisieran que esto sea un mal chiste y cuentan segundo a segundo el tiempo que falta para el primer impacto. Faltan seis horas.

Anochece. En mi reloj son las 2:36 de la madrugada. Todo empezará, dijeron, a las 2:38. Nada ha detenido el día, todo mundo se repliega en sus casas. Mi corazón late, quizá agotado como yo, y mis cansados pasos me llevan a esperar en medio de un estacionamiento a que esto pase. La calma nos quiebra el cuerpo. Aún no sé cómo morir. Aún espero no hacerlo.

Miles de esferas inundan el cielo, esferas metálicas como el mercurio. Se detonan antes de tocar el suelo. Su explosión no es destructiva como se esperaba, pero causa severos daños en la piel. Los edificios retumban por el estruendo mientras la gente, dentro o fuera, se retuerce de dolor. Nada impide que la onda llegue a tu cuerpo. Escuchas la detonación, luego un par de segundos y después, como si estuvieras envuelto en llamas, tu piel se incinera de golpe.

Tardo mucho tiempo en reincorporarme de nuevo. Todo me duele. Cuando logro levantarme, el cuerpo me arde al contacto con la ropa. Cinco horas más y mi vida volverá a ser un infierno. Todos los que sobrevivimos al primer ataque sabemos que vamos a morir en cinco o en once horas. Lejos de nosotros las detonaciones pueden verse. Arriba del holocausto, un polvo rojo como la sangre se levanta. La noche y el frío hacen sentir desamparados y miserables a nuestros cuerpos de hormiga.

Arquero



**[Una mujer mece a un niño  
que no nació.]**

## Miércoles 15 de marzo, Café Avellaneda

Sentada en el sillón bebe una malteada, come una galleta, coge la pluma y escribe en la servilleta que está debajo del vaso:

*El cigarrillo que fumas ha pasado por la boca de más de la mitad de los habitantes de esta ciudad. Cada uno con historia propia, pero todos con la misma debilidad. La misma esperanza que desaparece cuando te mientes pero que florece con cada cigarrillo.*

La tinta se acaba y se interrumpe lo que será el siguiente papel arrojado a la basura. Se levanta, paga la cuenta y deja el lugar.

A contra esquina, sobre una silla larga y roja, él bebe una taza de té negro, sin azúcar y con tres sustitutos de leche, comienza a escribir en una libreta marrón que contiene solamente dibujos.

**“A todos mis seres queridos:”**

Ha comenzado a bosquejar la nota de suicidio más triste de toda la historia. Ésta romperá el corazón de la chica con ojos azules que siempre le observa, pero jamás juntó valor para decírselo.

Del otro lado, enfrente de la pintura más reconocida del siglo **XX**, un hombre de no más de 70 años escribe, sin pausa, la confesión de amor más grande de los cinco continentes que involucra la carne, el espíritu y la misericordia del Señor, la fe y también el deshonor, a su hermana Josefa, fallecida hace 30 años de una misteriosa fiebre.

A la par, en esta cafetería llena de escritores, una niña mexicana con el corazón entre las manos, se inventa el cuento más largo del mundo.

Comienza así:

*“Miércoles 15 de marzo, Café Avellaneda.”*

**Natalia Ruiz**



# Frío

Silencio, escucha.

Es el tiritar de unos dientes, la respiración es pausada y la sala está vacía.

Silencio, escucha.

La noche es tranquila, pareciera que estás soñando. 24 horas: un turno para.

Silencio.

Trata de dormir, ahora hay tiempo.

Silencio.

Tiritas, tiembles. Te haces más pequeña tratando de guardar el calor de tu cuerpo. Las madrugadas de hospital son heladas.

Silencio.

Aprietas más los ojos, empiezas a temer abrirlos y aún cuando los tienes abiertos, no alcanzan a ver lo que estás escuchando. Piensas que el frío temblor involuntario de tu cuerpo hace tiritar tus dientes. Cuando te das cuenta, estás quieta. Abres los ojos lenta e involuntariamente.

Silencio, escucha.

Mira, sus pupilas son más negras que las tuyas, sus ojos están llenos de lágrimas y tiene frío. De tu garganta no sale un grito. Silencio, escuchas: “No cuidaste de mí”.

Silencio.

A la mañana siguiente te encuentran desangrada sin razón aparente. Eres la tercera enfermera en un mes.

Silencio, escucha.

Tienes frío y nadie te hace caso.

*Julieta Purpeá*



# Sueños

Un sonido monótono inunda el ambiente. En realidad, son dos, el del agua desplazada y el del motor de la lancha, ambos se enlazan y forman un sólo ruido con dos caras: una rasgada por el metálico zumbido y la otra, chorreante y líquida. Es un decir... decir que son dos sonidos. En realidad son una acumulación, cientos, miles o millones de pequeñas vibraciones minúsculas e insignificantes, amontonadas.

En todo caso, el monótono ambiente acuático era propicio para la contemplación interna. Así llevaba él varios minutos: contemplando, recordando, descolgándose hacia adentro para recordar sus sueños. Hay personas que sueñan a nivel de tierra, otras que sueñan hacia arriba con la cabeza en las alturas y hay otros como él, cuyo sueño habita en inquietos inframundos personales.

Hacía lo posible por concentrarse, dejar la mente en silencio y avispar la vista interna para descifrar la memoria. Tres personas rodean su cama, todos lo miran en silencio, él por su parte también los mira callado. Nada ocurre. De pronto aquéllos toman una pistola y la colocan pegada a sus cabezas. *Disparan*. Él mira el suicidio sin entender nada. Aparece un cuarto ser que emana rayos de luz. Su rostro es inexpresivo, mientras sus rayos de luz se tocan con el alma de los tres suicidas. Silencio.

El motor de la lancha tiene variaciones. La monotonía no lo es del todo. Cuando se da cuenta, extrae la vista de su interior para mirar el río y la vegetación con sus decenas de verdes que se extiende a lo lejos. Y luego vuelve. Recuerda ahora otro sueño. Sube a la azotea de un edificio, allí mira a su amigo Gustavo. Arroja personas al vacío. Él lo mira aterrizado, pero trata de no externarlo, de no mostrarse débil. Jorge le dice: “Ven, voy a seguir tirando personas”. Algunos años después –no muchos–, el Gustavo de la vida real se habría vuelto una celebridad de la nota roja local por haber asesinado a tres de sus novias. A veces los sueños están cargados de futuro.

Él logra escapar discretamente, baja por la escalera del edificio, después encuentra el camino a un sótano. Encuentra a un viejo que le dice: “Éste es el nivel más profundo, aquí puedes soñar lo que tú quieras, aquí tus sueños son libres”. Le hubiera gustado aprovechar aquella oportunidad, pero no recuerda que así haya sido. No recuerda haber tenido un sueño libre o lúcido a voluntad. Pero le gusta que así sea, le gusta pensar en sus sueños...recordarlos...resolver con placer el misterio de ese mundo, como quien se entretiene leyendo novelas de detectives. En ellos ha encontrado, más de una vez, consejos que aclaran, presagios que se cumplen, imágenes esplendorosas o aterradoras que él guarda en la memoria como si fueran una colección.

La lancha se detiene. Él baja y levanta la mirada. El sol es intenso. El olor a selva vivifica su ser. La luz, áspera, lo cubre todo.

*Guillermo Amador*

## A-tiempo

Se dirige hacia la plaza comercial. Por un momento cree que no llegará nunca, como si el tiempo fuera a detenerse ahí mismo.

Corre o cree correr sobre la acera, mira la enorme estructura aún distante. Calcula meticulosamente 45 pasos entre sus zapatos y la puerta de entrada. Avanza con la prisa de quien sabe que llegará tarde. Algo no está bien.

Cuarenta y cinco, cuarenta y cinco, cuarenta y cinco, ni un paso dado disminuye esa estúpida cuenta en su cabeza. En efecto, es como si no avanzara en lo absoluto. ¿Cuánto tiempo ha estado caminando con exactitud? Mira el suelo. Podría jurar que reconoce las grietas, las hojas secas y las hormigas de la banqueta. ¿Cuánto tiempo las ha mirado hasta ahora? Nada parece detenido, es como una secuencia repetida hasta el infinito. Calcula sus pasos, mira el suelo, las hormigas, las hojas y esta locura de los pasos interminables.

Interminables.

La palabra, de pronto, adquiere un peso enorme.

Interminable, interminable. Entra en pánico.

Corre frenéticamente. Mira al suelo. Otra vez las grietas, las hormigas, las hojas. Corre más rápido, cree correr más rápido. Usa todas sus fuerzas mientras cierra sus ojos. Está a punto de llorar.

–¿Estás bien?–una mano toca su hombro.

–Sí, estoy bien.

Una sensación de desconcierto y alivio le recorre el cuerpo. Le da las gracias al hombre, se despide y mira nuevamente el reloj.

10:45. Es tarde. Se dirige hacia la plaza comercial.

Áraga

(Ágatha F. y Arquero)

# Voces

A través de una ventana vio cómo el último rayo de sol se extinguía al atardecer, mientras yo acomodaba unas cuantas cosas de mi habitación dejándolas al final más desacomodadas.

–Nunca me había sentido tan solo—dije haciendo cualquier cosa.

–Ni yo tampoco—añadió la voz que provenía de un lugar desconocido.

**Murphy**

## Malas decisiones

La hoja en blanco siempre ha sido tu mayor miedo y escribes o garabateas cualquier cosa para evitarla. La hoja en blanco siempre ha significado un poder que nunca has sabido tomar, eres un mal escritor, pero aún así escribes. Te inventas personajes chiquitos, porque más grandes no cabrían en tus cuentitos; éstos que alguna vez alguien, quien seguramente no ha leído ni la biblia, te dice que están padres. Pero te empeñas en escribir, en no dejar un documento en blanco en la pantalla del ordenador o una hoja en blanco en la libreta nueva que has conseguido en descuento. Sabes que eres un mal escritor, un mal lector, un ser humano insignificante, no acabas nada de lo que comienzas...

*Y dejas esta hoja inconclusa, te levantas aventando todo lo que se encuentra en el escritorio. Las lágrimas corren por tus mejillas reflejando la luz de la pantalla encendida de la computadora. Eres un mal escritor y lo sabes, pero tus manos te arden si no escribes; como si tuvieran voluntad propia, te obligan a seguir escribiendo. Has intentado dejarlo varias veces, cambiar la escritura por la pintura o la escultura, pero no puedes, sientes como si te quemaran por dentro de las palmas. Tus dedos se atrofian y recurres como un adicto a las letras otra vez. Estás harto, no lo soportas más y decides terminar con este mal cuento. Todo problema tiene solución, el único asunto con eso es que cuando te cortas una mano ya no puedes cortar la otra. Eres un mal escritor y un ser humano insignificante..*

Julietta Purpeá



# Tóxico

¡Asqueroso y sucio repudio del universo! ¿Cómo pudiste haberme robado la virginidad?

Ayer iba camino a mi casa cuando –de la nada– un señor muy amable me dijo que podía llevarme a mi destino sin cobrar. Sin pensarlo un segundo, acepté. Le di mi dirección y nos fuimos.

Iba en la parte trasera del auto. Tenía un olor peculiar, bastante desagradable y penetrante. Quise abrir las ventanas, pero no pude.

–Disculpe, ¿por qué no puedo bajar las ventanas?

–*Los vidrios están automatizados. Si tienes calor, prenderé el aire acondicionado.*

1,... 2,... 3,...inhala exhala.

1,... 2,... 3,...inhala exhala.

Seguía oliendo del asco.

Estábamos a punto de girar en una calle muy familiar hasta que dio vuelta en el sentido opuesto y continuamos el trayecto por una carretera empedrada. En mi cabeza se originó una serie de pensamientos malditos.

–La calle era en la avenida anterior.

Silencio.

Toqué su hombro para llamar la atención.

–La calle era en la avenida anterior –dije en un tono más fuerte.

Silencio.

Aterrada, intenté abrir la puerta, pero ésta ya tenía seguro. Entonces escuché un pequeño chasquido.

*–Si intentas abrir, estás muerta.*

Me paralicé en el asiento y continuamos en su ruta que, para mí, todavía es un misterio.

\*

\*

\*

Se estacionó enfrente de un edificio, salió del auto y entró a la parte trasera. Se acercó a mí con mucha lentitud, tomó mi rostro.

*–Eres preciosa.*

Viendo al señor con detenimiento, no lucía tan mal, incluso era fornido.

*–Irradias alegría, inocencia y bondad, lo que más me gusta de mis víctimas.*

Quería salir corriendo, pero no pude. Se abalanzó contra mí. Tenía miedo, mucho miedo... y sólo me dejé llevar.

Valú



## Sueño que jamás soñé

Si te recuerdo ahora es porque aún veo las luces de una noche lejana. Nosotros nos movíamos al compás de la suave música, justo así, bajo los titilantes rayos. Me sonreías como me sonrío la foto de hace cincuenta años, la misma que delata nuestra existencia de aquel entonces.

Cierro mis ojos fuertemente y te veo usando un sencillo vestido rojo “en un balcón con el aire de verano”, como la visión de que estoy soñando un sueño que jamás soñé.

Anoche recordé las flores del viejo cerezo: deslavadas de escuchar desilusiones, cayendo de manera trágica a mi alrededor, llorando por el gran desamor que todavía nos unía.

Si te recuerdo ahora es porque éramos jóvenes y poco sabíamos del crudo invierno, de toda la tragedia que se ceñía ante nosotros. Si tan sólo hubiera sabido de tu próxima huida, te hubiese amado un poquito más cada día. Y durante tu viaje, todos los amaneceres que guardé egoístamente harían pesar tu maleta, así como “mi equipaje tiene excedido el peso por cargar sus caricias, sus ojos, su memoria...”

Recuerdo que mientras te veía alejar, deseé que la primavera llegara antes, sólo para verte usando un sencillo vestido blanco. Justo como el sueño que jamás soñé de anoche.

Hoy, ante las puertas de la locura y la mirada en el techo de un lúgubre hospital, soñé con las luces de aquel entonces; de pronto, todas las eternidades que pasaron desde tu partida, se me escaparon por entre los dedos. Si te veo ahora, entre alucinaciones, es por el masoquismo de mi pecho y el hechizo castigador de tu última mirada a través de éste, mi tiempo muerto.

Si te recuerdo ahora, antes de mi muerte, es por los retazos de mi vida desperdiciada que me traicionan después de tantos años. Si te recuerdo es por pagar el precio de las caricias que dejaste sobre la piel.

Si acaso te recuerdo ahora es porque anoche soñé con esa nada que aún hay entre nosotros, sin saber que estoy soñando un sueño que jamás soñé...

*Ajena a la Vida*

## Arcoíris y gatitos

Tengo miedo, estoy acostada en una roca de colores en medio del mar. Es de noche. Cuando abro los ojos aparecen varios gatitos de mi pelo. ¡Son tan pequeños y esponjosos! Empiezan a caminar hacia la orilla de la roca; saltan uno a uno con sus tiernos maullidos. El agua ya no se encuentra, ahora sólo es un vacío negro.

Antes de que salte el último gatito lo sostengo de su pata. Estamos tan cerca de caer, pero él encaja sus garras en mi muñeca mientras se resbala lentamente y veo cómo cae al abismo.

De mi muñeca empiezan a brotar lazos multicolores que me envuelven.

–Qué raro, ¿por qué me siento tan triste?

Cuando me doy cuenta, los lazos se vuelven color vino y empiezan a desvanecerse. La roca desaparece y yo también caigo al vacío.

Despierto sudando, veo que mi gato negro se encuentra ahí, durmiendo pacíficamente. Observo mis muñecas, aún siguen vendadas con manchas frescas del accidente de ayer.

–No lo volveré a hacer, mamá.

Miro el retrato de mi madre que está en un profundo sueño.



# En los ojos de un cuervo

*A Daniela*

Han pasado las horas y María de los Remedios aún no sale de la farmacia. Su hijo Juan espera sentado en la esquina, agarrando sus dedos mientras lee unas cuantas líneas de un texto por demás aburrido. Es un letrado de éstos de centro comercial. Lo ha leído ya un par de decenas de veces y está convencido de que tiene un error ortográfico, pero no tiene ni la más remota idea de en qué lugar. Lo deja pasar, al final de cuentas no es problema suyo.

Un pájaro juguetea frente a él, uno de esos silvestres que viven libres en la ciudad. Camina a saltitos cortos y rápidos. No mueve sus alas, lo mira. A Juan nada le interesan las aves, pero está aburrido y sus ojos buscan cualquier pretexto que le haga olvidar que su madre se ha tardado demasiado o que el letrado está sospechosamente mal escrito. Mira a la pequeña ave, parece estar acechándolo.

En sus ojos, esos ojos que delatan sus ya tan anticipadas intenciones, se puede ver a un pequeño niño sentado en una banqueta. Se parece a Juan, sólo que aquél está llorando. El Juan del lado de los ojos del pájaro no mira al ave, llora inconsolable sobre la triste banqueta gris. Juan lo mira más detenidamente. La gente pequeña y oscura es víctima de una



histeria colectiva, corre sin más por las calles, como loca, como desesperada. La gente grita y se tropieza mientras el pseudo-reflejo de Juan, ahora invadido por un temor, corre calles abajo. Va en busca de la seguridad que le ofrece su casa. Corre veloz, lo más veloz que puede.

La pequeña ave picotea un pedazo de pan que ha caído al suelo. Juan siente miedo, pero permanece sentado mirando el universo aterrador en esos ojos negros. La gente del reflejo ocular aún sigue corriendo, algunos caen mientras se llenan de pequeños puntitos que desgarran su carne. Juan, el Juan del lado de los ojos, llega a su casa y da tirones fuertes a la puerta cuando, de pronto, las manchitas invaden sus pies devorándolo lentamente.

María de los Remedios por fin sale, le dice a Juan que se levante, que es hora de irse a casa. Juan obedece mientras mira con terror cómo pequeñas manchitas devoran los ojos de un pájaro muerto.

Arquero

# Latidos

Estoy hecha bolita en mi cama con la cara empapada. Siento miedo de la soledad, dolor en el pecho y la creada necesidad de la navaja sobre la piel. No concilio el sueño, las pesadillas rondan entre los rincones oscuros de la habitación esperando a que cierre los ojos. Me mantengo despierta y expectante. Cualquier ruido es amenazador a las 3 de la mañana.

La noche es pesada sobre mis hombros y el frío a mi alrededor se intensifica conforme mis latidos avanzan en el reloj. La delgada tela que cubre mi cuerpo desnudo no es suficiente, tiemblo.

En el espejo se refleja la poca luz de luna que se escapa del nublado cielo. Cierro los ojos y los abro con pesadez, no distingo entre el sueño y la realidad. ¿Entre qué mundos me muevo esta noche?

Mis ojos secos creen ver el reflejo de mi inmóvil figura moverse, levantarse. Paralizada dejo de respirar unos instantes, tratando de desaparecer. La figura avanza mientras mi corazón se acelera, se posa frente a mí y toma mi mano. Su tacto frío me deja petrificada. Gira con delicadeza mi muñeca y hace un corte firme,

profundo,  
doloroso.



Goza. La reconozco, sonrío y tomo su mano. El cuarto se va tornando rojo, me levanto y avanzo con ella. Al mismo tiempo en que escucho el reloj detenerse, sus labios se abren: ¿Me creerías si te dijera que los monstruos sí existen?

*Julieta Purpeá*



**[La noche al otro lado del mundo.]**

# El día que la neblina se comió al mundo

El día que la neblina se comió al mundo fue jueves. Todo empezó en la madrugada, 4 ó 5 de la mañana. Una extraña y densa neblina empezó a cubrir la tierra.

A las 6, cuando ya todos se alistaban para iniciar su día, la neblina dejaba ver sólo pocos metros adelante. Nadie pensó que esto fuera extraño. En un frío día de invierno, es común.

Todo empezó a ser un poco más raro cuando a las 12 la neblina seguía inamovible. La gente se desplazaba y a donde quiera que iba, la neblina –cada vez más densa– estaba ahí.

Empezaron a surgir rumores acerca de un fin del mundo que se aproximaba, una nueva era de hielo, otra extinción masiva, la llegada de un nuevo Dios. El miedo fue creciendo al igual que la nube.

Horas más tarde, en distintos países, se había declarado un toque de queda; nadie saldría hasta averiguar qué era lo que pasaba.

Científicos e investigadores de todo el mundo hacían pruebas y experimentos tratando de descubrir el significado de aquella cortina blanca que cubría por igual a todos los continentes. Al final de la jornada nadie había encontrado una respuesta.

Al día siguiente la gran nube seguía ahí, más blanca, más escurridiza. Empezó a colarse por las puertas y ventanas, por cualquier ranura; se invitó a pasar a cada casa, cada edificio. Llenó de humedad los aparatos y los cabellos. Las familias no se encontraban en su propia casa, andaban con los brazos estirados de un cuarto a otro buscándose, llamándose bajito, como si temieran hablar. Los televisores y teléfonos dejaron de funcionar.

Parecía que todo empeoraba, pero lentamente la temperatura de la neblina empezó a ser más cálida. Un ligero olor suave y agradable apareció. Al principio era casi imperceptible. El aroma generaba una sensación de bienestar que no molestó a nadie a pesar de que su intensidad aumentaba.

Las personas dejaron de tener miedo, se sentaron por donde quiera, sonrieron y todo dejó de estar mal.

*En la avenida Xapotla hay un edificio de departamentos, alto, muy alto. Ahí viven empresarios, estudiantes, escritores, actrices, niños, amas de casa, mascotas de todo tipo.*

*En ese edificio hay un departamento algo diferente, pero no tanto para sobresalir del resto. En este espacio no vive una familia, no hay mascotas ni televisión. No tiene camas ni comedor. Tiene plantas por todos los cuartos y un baño más grande que la sala.*

*Beca es el único ser viviente que habla y se mueve por sí misma ahí. Su cabello es verde, tal vez como resultado de convivir día y noche con ese color. Sus preocupaciones son distintas. Todos los días despierta pensando que el color del metro no es el adecuado o que los puentes peatonales deberían ser más altos.*

*Un día de invierno despertó pensando que el gas se iba a acabar y tendría que pedir un tanque nuevo. Alistó el dinero y se puso a cocinar esperando que la llama azul se extinguiera. Pasaron muchas horas, dos ollas de arroz, tres postres diferentes y algunos guisados, pero la flama seguía viva, sin datos siquiera de una muerte cercana. Aún así, ella estaba segura que el gas se iba a acabar.*

*La noche llegó imponente y no tuvo otra opción que ir a la cama, y, sin poder dormir, a las 3:45 am. se levantó de un salto.*

*–Me voy a bañar con agua muy caliente y el gas seguro se acaba.*

*Así lo hizo, tomó su toalla y sus sandalias. Abrió la llave del agua caliente y se metió a bañar. El agua se alborotaba en forma de vapor dentro del baño. Cuando éste se llenó, escapó por cada ranura que halló, debajo de la puerta, por la coladera, entre los vidrios de la ventana. Así siguió con la sala, la cocina y los cuartos. Acarició cada hoja de cada planta que se hallaba en el departamento. Cuando ese espacio no le fue suficiente, salió por la puerta principal y, como con vida propia, el vapor se dirigió a la calle, imparable.*

*Beca se bañó durante 3 días con el agua más caliente que soportó. Se acabó todo el champú y casi todos los jabones que tenía, sus dedos se hicieron pasitas y su cabello creció cual enredadera.*

*Antes de terminar su baño interminable, encontró una botella pequeña con un jabón floral delicioso que daba una sensación de felicidad. Tomó unas gotas y lavó una vez más su cuerpo. La sensación fue tal que repitió el proceso una y otra vez hasta que la botella quedó vacía.*

*El agua fue entibiándose. El gas se había acabado.*

La neblina fue dejando casas y edificios tan lentamente como los había habitado. La humedad se retiró, las familias se encontraron, los televisores encendieron y un resto suave del aroma permaneció.

La neblina duró 3 días, sin explicación, sin hallazgos científicos. Se fue sin dejar rastro, tal como había llegado.

La gente de todo el mundo volvió a su vida normal otra vez. Algunos olvidaron ese día, otros lo recuerdan como un sueño, pero todos coinciden en que una pequeña felicidad se mantiene en el aire desde que la neblina se comió al mundo.

*Julietta Purpeá*

## #aKosado

Siempre sucede, el problema es que no todos nos damos cuenta. Cualquiera día notamos que algo raro pasa y aunque comenzamos por no darle crédito a la sospecha, terminamos aceptando que lo raro ya es definitivo. Sí... es parecido a dar vuelta en una esquina y encontrarnos en un callejón sin salida como en las películas: intentamos volver atrás... y nada, no hay absolutamente nada que nos señale el modo de regresar.

Por supuesto que me sucedió, por eso lo cuento ahora. Atravesaba algunos edificios para ir a otro sitio que no viene al caso; entonces la vi frente a mí y no pude dejar de verla. Seguí caminando y aunque no la miraba, la veía con algún otro sentido que desconozco. Si quieren menos complicaciones, entonces pensemos que la traía pegada en mi memoria, y digo “pegada” porque aunque mis ojos se ocupaban de mirar los peldaños de cemento para evitarme una posible caída, aquel otro sentido la escudriñaba... parecía incluso que la estuviera tocando.

No hablo ahora de una situación simple, aunque lo parezca. Lo que vi en aquella travesía era una letra grande identificando a uno de aquellos edificios que atravesaba. Vi una gorda “K” frente a mí y no sé si automáticamente pensé en Kafka o en alguna otra palabra en la que se regodeara esa consonante. El punto aquí es que la bendita K se me quedó adherida en alguna parte de mi cerebro y entonces empezó a presentármese una



y otra vez mientras caminaba. Quizás por esa razón, ese otro sentido del que les hablo se acercó a ella de tanta insistencia y la observó minuciosamente por todos sus ángulos... la observó y, como dije, la tocó sin tocarla... puede ser que hasta la haya olido o le haya pasado la lengua como leí que acostumbraba a hacer un personaje devorador de libros; ni estoy seguro de eso porque, si recuerdan, mencioné que todo aquello pasó mientras yo seguía caminando, cuidando de no caerme.

En fin, mientras ese otro que era yo mismo la escudriñaba, aquella obesa K se me iba apareciendo por todas partes. Y cuando digo por todas partes lo digo en serio: subía conmigo las escaleras de cemento, colgaba de los árboles, se instalaba en la frente de alguna chica que caminaba en sentido contrario al mío, se asomaba en los letreros... ¡Ah! En otras palabras, me acosaba y empezaba a llenar de angustia porque, la verdad, nunca me había sucedido nada similar.

Bueno, ahora que lo escribo y lo pienso un poco... sí. Hace no sé cuánto (no quiero precisarlo) me ocurría con el nombre de un amor del pasado. Supongo que a todos nos ocurre, ¿no? Cuando alguien se nos instala en el alma, empezamos a tropezarnos constantemente con su recuerdo. Yo veía y escuchaba su nombre en todas partes: *en la heladería, en la radio, en la iglesia, en la calle, en la escuela... en todas partes, en todas partes, en todas partes, ¡en todas partes!* Como muchos, estuve a punto de volverme loco de amor y en realidad quería estarlo. ¡Ahhh!... ¡Qué grande fue todo aquello!

Pero, bien... evidentemente, éste no era el caso. Yo no estaba enamorado de la K, ni tampoco pretendía estarlo, simplemente mi encuentro con la K fue cuestión de un tropiezo, asuntos de la casualidad y no creo que de la "cita previa" que mencionó Borges.

La K me seguía persiguiendo. Quise zafarme de ella buscando la letra de otros edificios, pero no. No pude hacerlo. No lo van a creer... ¡todos los edificios tenían la letra K! Como es lógico, me detuve un instante, respiré hondo, me di la orden de calmarme... hice todo lo que ustedes pudieran

haber hecho en mi lugar y nada, allí seguía la muy bendita K regordeta por todos lados.

No importa lo que pensé, la verdad. Lo importante quizás es lo que hice. Obviamente, olvidé lo que debía realizar en alguno de esos edificios y busqué una salida, es decir, opté por correr, por evadirme del asunto, por escapar de la situación, poner pies en polvorosa o como quieran decirlo... Salí de allí con la esperanza de liberarme del confuso momento y ¿qué creen? Ajá... no hace falta ser demasiado inteligente para hallarse frente a un evento tan predecible... Lo que sucedió es que el dinosaurio de esto que no era un sueño, seguía ahí...*en todas partes, en todas partes, en todas partes, ¡¡¡EN TODAS PARTES!!!*

Parafraseando a un escritor con cierta filia hacia los pájaros asesinos y sus reflejos: todo este asunto podría estar vinculado a una mala ficción. Y,



créanme, es lo menos importante. No me quedó opción distinta a abandonarme a la idea de que la rareza iba a hacer conmigo lo que le diera su bendita gana. Pensé que si jugaba a ignorarla, ella se iba a dar por vencida en cualquier momento... o que ese *yo traidor* que la había seguido observando con minucia la podría convencer de no seguirme fastidiando y se iban a terminar yendo juntos para alguna lejana galaxia en donde esta rareza tuviera más sentido.

(...)

Y sí. *Tod\_ pasó seño\_es y señoras. "Cuestión d\_ tiemp\_", d\_cen los s\_bios. Aquel\_o que no d\_cen tan\_o y apar\_ce en letra peq\_eñisi\_a es lo d\_l\_s con ecuencias de\_onseguir lo qu\_se d\_sea. Por supu\_sto q\_e la de\_apar\_ción de la gord\_aq\_ella, no fue gratui\_a... No sé si p\_r otra ext\_aña r\_zón q\_e no logr\_co\_prend\_r la " " no se m\_rchó s\_la con el q\_e se la c\_mía\_on esos ojo\_que parecí\_ eran lo\_míos, no. Se mar\_hó y c\_n ella se h\_ido ll\_vando ot\_as de mi\_ letr\_s a ese s\_tio des\_onocido qu\_ imagin\_cad\_ vez más c\_mo aqu\_lla esq\_ina o aquel callejó\_ext\_año d\_ las p\_lículas en las q\_e el p\_rsonaj\_, sus acci\_nes y c\_alquiera d\_sus huell\_s se van desa\_areci\_ndo entr\_as\_mbros y m\_sterios.*

Tit\_ N\_wa\_i

## Reencarnación de muerte

Despertó antes del amanecer. Había dormido en el piso como todos los días. Dobló con cuidado la tela blanca que cubría el suelo, colocó en su cara un cubrebocas y se dirigió al campo para hacer sus necesidades. Como lo dictaba su religión, no estaba permitido matar a ningún ser vivo. Caminaba con su escoba barriendo cualquier hormiga o insecto que se le atravesara. Con el cubrebocas se aseguraba de no comer accidentalmente algún insecto que fuera volando distraído. Paso a paso con los pies desnudos se sentía en armonía con la naturaleza. De pronto, tropezó. Cayó con las manos al piso y alarmado, se quedó estático. Miró las partes de su cuerpo que tocaban la tierra, examinó el daño que había causado. Una hormiga se encontraba aplastada bajo su rodilla. Se disculpó en silencio, había sido accidental así que no traería gran karma, pero ¿por qué había caído? Miró a su alrededor. Había una planta que extendía sus raíces a la orilla del camino. Estaba seguro de no haberla visto. Se incorporó con cuidado. Sacudió su ropa y se inclinó para recoger la escoba. Al tirar de ella, ésta no cedió. El monje, curioso, se inclinó para ver lo que la detenía. Una rama de la misma planta con la que había tropezado se había enredado con las ramas de su escoba.

Con cuidado, el monje se dispuso a desenredar la escoba sin lastimar a la planta.

–Didi, dame mi escoba...

La planta tenía espinas. Dos se clavaron en sus dedos y le sacaron sangre. Finalmente liberó su escoba, miró a la planta con un poco de resentimiento mientras se limpiaba la sangre. Siguió su camino.

Al volver del campo, saludó a otro monje y antes de empezar sus rezos, éste se le acercó.

–Hoy me pasó algo curioso. Mientras caminaba hacia el campo, mi ropa se enredó en una planta, y al tratar de no caer, rompí la rama de otro gran árbol en donde caminaban muchos insectos y maté a varios. Luego volví a la planta para desenredar mi ropa y ésta me lastimó con sus espinas, mira.

El dedo del monje tenía dos largas cortadas aún con un poco de sangre. El primer monje lo miró sorprendido y le mostró el dedo en el que tenía también un par de heridas. “Yo también he tenido un percance hoy”.

Empezaron a meditar, pero justo antes de cerrar los ojos, el primer monje alcanzó a ver otra herida parecida en otro monje. Empezó a ver a los demás. Pequeños raspones en las rodillas, ropas sucias de tierra, uno de ellos tenía una rama enredada en el cabello. Siguió meditando, pero le costó trabajo concentrarse.

Ese día, después del almuerzo, se acercó a algunos de los monjes y preguntó por sus heridas. Todos habían sido agredidos por una planta pequeña cuando iban hacia el campo. Todos habían matado insectos e incluso uno había matado a una lagartija. Antes del atardecer fueron a ver a la planta y ésta tenía una flor. Al principio pensó estarlo imaginando, pero la flor colgaba de una manera jovial, casi burlona y cuando se acercaron a inspeccionarla, una abeja salió de la flor y picó en la nariz a uno de los monjes. La abeja murió poco después de picarlo y la planta siguió moviéndose con alegría al ritmo del viento.

Alarmados, los monjes se reunieron esa tarde. Parecía un tema tonto, pero estaba cobrando las vidas de muchos seres vivos. En la junta, des-

cubrieron que no habían empezado los accidentes ese día. La planta ya había hecho caer a muchos monjes, se enredaba en sus ropas o las abejas que atraía picaban a los que pasaban por ahí. No era factible hacer un camino por otro lado, pues se tendrían que matar otras plantas para hacer el camino y por consiguiente, matar otros insectos y animales.

—¿Recuerdan a Pratik? —dijo uno. Todos recordaban a Pratik. Había sido un hombre que se hacía pasar por monje aunque realmente no lo era. Gustaba de matar y al parecer sólo había llegado al templo para provocar a los monjes y probarles que el karma no existía. Después de unos meses con ellos, se había suicidado desde un árbol junto al templo. Ninguno de los monjes se sorprendió, pero Pratik quedó en la memoria de todos como un hombre que seguramente tendría mal karma.

—¿Creen que Pratik haya reencarnado en la planta...? —preguntó Akash, dejando salir lo que todos pensaban. Hubo una ola de murmullos y luego, sin siquiera esperar una confirmación, prosiguió—. Yo digo que lo trasplantemos a alguna otra parte, lejos del camino. Seremos cuidadosos con los insectos y con él.

Y así fue. Al día siguiente, a primera hora, dos monjes responsables trasplantaron la planta cuidadosamente al otro lado del campo, cerca de un risco con una vista maravillosa, pero tenían que ser cuidadosos para no caer.

Pasaron las semanas. No hubo accidente alguno y las rutinas de los monjes siguieron con normalidad.

Akash, un día, se dio una vuelta al otro lado del campo y no encontró a la planta —supongo que no soportó el movimiento de un lugar a otro— pensó. Se disculpó con las manos juntas sobre el pecho, se inclinó y luego comenzó su camino de regreso al templo. Una piedra. Un tropiezo. Un grito. Akash ya no estaba. Había caído al precipicio.

Más tarde ese día los demás monjes avisaron su cuerpo desde el risco. Buscaron la planta también, pero ésta había muerto. Se fueron tranquilos

de regreso al templo, a predicar sus creencias de que si no eres bueno, reencarnas en un ser inferior. Primero humano. Luego animal. Luego insecto. Luego planta. Luego mineral. Mineral como la piedra que permaneció inmóvil en el campo después de matar a Akash.

*Champa*

## Monólogo de Eduviges viendo arder a Comala

El verano se precipitó un domingo en la entrada a la misa. Los días anteriores habían tenido albas y atardeceres frescos, pero esa mañana el sol se fue de bruces contra todas las cosas. Los ritos iniciales de la misa se mezclaron con el aleteo de abanicos y ropas que se esforzaban por ahuyentar el calor con vehemencia, como si fuera el mismo diablo quien se nos trepaba a la cara y al cuerpo. Para el momento de la eucaristía el padre estaba lleno de sudor y bebió la sangre de Cristo con la sed del que bebe agua. Después de la misa todos salimos corriendo, como si pudiéramos huir y dejar el bochorno allí encerrado para que el señor se encargara de luchar contra él. Pero la prisa no nos sirvió de nada, pues afuera hacía más calor que antes de entrar y todas las manos se movían cual si fueran animales espantados para enjugar los sudores mientras nos íbamos a encerrar a las casas. Yo sabía que ese verano iba a ser el más inclemente de todos los que habíamos sentido porque me hervían los pulmones al respirar ese aire sólido que se sentía como tierra, insuflando con bochorno el alma.

Llegó la tarde y el sol seguía echado sobre el pueblo, lleno de pereza, con los rayos muertos sobre las casas, con la cara aplastada contra la tierra de las calles. A través de las ventanas la visión de las cosas quemaba los



ojos, las habíamos dejado abiertas para que refrescara, pero el aire entraba como lleno de calima, así que Bernabé, el marido de mi hermana, las cerró todas y bajó las cortinas.

—No pasa nada, el adobe de la casa es grueso y sabe mantener el fresco aquí dentro.

Pero el estío ya estaba bien metido, y era un vapor que trepaba por las paredes y que nos abrazaba desde dentro.

A la hora de la merienda subimos las cortinas con la esperanza de que la noche trajera mejores aires. El sol allí seguía más pequeño y enrojecido, pero aferrándose a nuestra tierra desde su lejanía, con los ojos bien abiertos, tiñendo de fuego el cielo y nuestras tripas.

Bernabé se fue a dormir, sin embargo, María estaba inquieta, iba y venía con agua para que bebiéramos, y así como entraba por la boca, al poco tiempo nos salía por toda la cara, por los sobacos, los pies y las piernas.

—Quédate quieta, María. Me da más calor nomás de verte—, le dije.

Se sentó conmigo y miramos ese lento y necio ocaso, como presionándolo para que terminara de hacer lo suyo de una vez, pero esa línea delgada de sol afilada y roja se nos reía en la cara mientras tanto.

María seguía inquieta y empezó a hablar mucho, a contarme historias de ella y de mamá cuando yo todavía no nacía. Su boca, que siempre me parecía hermosa, era ahora un bicho chasqueante que se movía de arriba abajo, llenando la habitación con su estridencia; parecía una calaca recién salida de su tumba, ansiosa y confundida. Yo comprendí que se le comen- zaba a quemar el alma, porque a mí también me pasaba.

—Pero en cualquier momento llueve y refresca, siempre ha sido así, mamá decía que es bueno que la lluvia tarde un poco en venir, porque así llega más fuerte y da buenas cosechas—, me dijo.

Yo permanecía callada, no podía responderle nada, no quería. Me acordé de las tardes de lluvia, cuyo ruido trepidante cubría los oídos con su tono uniforme y apacible, como cuando se viaja toda la tarde en un

tren. Ahora los sonidos parecían haberse detenido abruptamente, y algo en mi interior también parecía haberse quedado quieto para siempre, pero no sabía qué.

Cuando por fin llegó completa la noche, Bernabé se levantó y llamó a María, estábamos las dos calladas desde hacía rato, parecíamos habernos vuelto parte del paisaje inamovible, éramos dos piedras tristes y abandonadas.



–Ven a dormir, María.

–Pero si dormiste toda la tarde, Bernabé, y ya te quieres acostar otra vez.

–En verano el mucho calor nunca asusta al labrador.

–¿Qué quieres decir, Bernabé?

–Que vengas conmigo a la cama.

–Sí, Bernabé, ya voy.

María se levantó de la mecedora de mamá; la había usado siempre, desde que ella murió y hasta yo sentía que, cuando se quedaba allí sentada por horas, el espíritu de mamá era el que se quedaba sempiternamente, viendo la calle desierta a través de los ojos de María, que le prestaba su cuerpo para volver al mundo de los vivos a contemplar su pueblo un rato.

–Hasta mañana, Eduviges.

Y se fue con su marido, que tenía la cara hinchada como calabaza por tanto dormir envuelto en su propio calor.

Me quedé un rato viendo la mecedora que no dejaba de moverse y rechinar como si su movimiento se hubiera vuelto eterno, igual que las horas. De pronto se quedó quieta, pero el chirrido seguía. Pensé que ya estaba imaginando sonidos aunque en realidad el ruido venía de al lado, del cuarto de María y Bernabé, que también fuera el de mamá cuando vivía. Allí los dos estaban haciendo sonar la cama (también de mamá) con un sonido constante como de máquina, un chirriar de madera seguido de golpes contra el adobe. Luego, los pequeños gemidos de María así se repetían uno tras otro.

Me fui empapada de confusión y con la cabeza entumecida de tiempo a la cama. Las sábanas estaban frescas. Por un momento me sentí aliviada y hasta me abracé con ellas, pero no pasó ni un minuto y ya estaban mojadas y calientes; hasta sentía que un poco de mí se iba quedando allí, era como un lento derretirse del cuerpo.

La noche era un engaño, pues no parecía más que un día sin luz, con el perverso sol oculto bajo la tierra, calentando de abajo hacia arriba. Luego

escuché el sonido del diablo, un resoplar grave que parecía gruñir. Me volví a poner las sábanas encima y empecé a rezar. Entonces escuché con más atención. Eran unos bramidos de Bernabé quien después de tanto tiempo parecía seguir sobre María, callada desde hacía rato.

Me despertó la luz pinchando en mis ojos. Entraba por las cortinas, rebotaba en los adobes y toda la habitación chillaba de blancura. Sentí como si apenas hubieran pasado dos horas desde que me acosté. Abrí la ventana y entonces allí estaba el sol de nuevo, tumbado con desidia, dejando caer su milenario peso sobre el pueblo para asfixiarlo. Mi cabeza estaba endurecida y llena de gravedad. Me recosté de nuevo. Mis exhalaciones eran pesadas, parecían petrificarse al salir de mi boca, rodeando mi rostro con un halo de sopor. Me fui quedando dormida. Sentía como si estuviera muriendo y pensaba que tendría que arrepentirme, por si acaso; sin embargo, antes de comenzar a enumerar mis pecados ya estaba en otro lado, un sueño muerto y macizo del que sólo recuerdo mirar que mis pies ardían y yo no podía hacer nada, pues era una roca gigante pegada a la tierra, sin boca ni ojos, sin nariz para oler mi carne chamuscada. Desperté varias horas después, o así lo sentí esta vez. La habitación y su luz estridente permanecían idénticas, como si hubiera sido tan sólo un pestañeo.

Me incorporé con una odiosa parsimonia. Por la ventana miré a dos perros montados, haciendo el pecado ferozmente, con la lengua de fuera y los dientes y los ojos bien pelados, como si sonrieran de forma macabra. Mi cuerpo estaba hediondo, barnizado con un sudor agrio y espeso.

Salí de la habitación y me encontré con Bernabé sentado en la mecedora, en calzones y con las piernas abiertas.

–Buenos días, Eduviges. Parece que hoy no se va a trabajar con este calor.

–Voy a bañarme.

–María está ocupando el baño.

Bernabé me miraba tranquila y fijamente. Parecía no inmutarse ante

el terrible clima que nos castigaba. Me sentí tocada por su mirada que se resbaló de mi rostro pasando por todo mi cuerpo.

–Pero si ya estás hecha toda una mujer, Eduviges. Estás bien formada, ni cuenta me había dado.

Yo no supe qué decir. Bernabé abrió más sus piernas llenas del agua de su cuerpo, como queriendo que yo lo viera.

–Ya te estás tardando en tener hombre.

Se levantó y se me puso enfrente y vi que su nariz se abría como una caverna para aspirarme.

–¿No quieres sentirte mujer?

–No, Bernabé.

Sentí un revoltijo en el estómago. Bernabé me tocó los hombros con sus manos gruesas y lijosas y sentí como si estuvieran hechas de fuego. Me fui de inmediato a esperar a María fuera del baño de la casa. La sensación de ardor en los hombros se me había quedado impregnada, y sentía como si mi interior se fuera volviendo líquido, una sustancia amarga que se podría derramar por mi boca, si la abriera poniéndola contra el suelo.

Cuando se abrió la puerta del baño salió un denso vapor gris y, después, envuelta en él, María. La podía ver apenas entre toda esa humareda, como si saliera de un volcán. Vi su rostro y su piel colgando del cuerpo, parecía derretirse lentamente.

–El agua está hirviendo, mira si te puedes bañar sin quemarte.

Yo estaba horrorizada ante esa visión. No dije nada. Primero porque no podía, estaba abrumada por el vapor y como hipnotizada por ver a María así, como un ánima mal envuelta en carne. Segundo porque yo desconfiaba de mí; quizás estaba dormida otra vez y todo esto sólo eran visiones de un sueño pesado y perverso.

Después de bañarme con esa agua que se evaporaba en la piel, fui a la sala. María y Bernabé estaban petrificados ante la ventana. Parecían estatuas agrietadas a punto de derrumbarse, pero sin hacerlo por la au-

sencia de cualquier viento. Escuché muy claro los sonidos de mis huesos al moverme, el crujir de mis pies al caminar. Supe que los tres estábamos vivos porque escuchaba nuestro exhalar allí dentro. Sonaba amplificado, como si estuviéramos encerrados en una gruta.

De mucho más lejos llegaba un sonido hueco y agudo que reverberaba y hacía vibrar ligeramente las cosas. Yo les miraba sólo las siluetas, pues un baño de luz los envolvía. No era ya la misma luz pálida y terrosa de ayer, sino una amarillenta y trepidante luz que temblaba, moviendo las sombras de un lado a otro.

Me puse junto y miré hacia donde ellos lo hacían. El pueblo estaba enterrado bajo una capa espesa de calima. Detrás, en un punto del que no se podía decir si estaba cerca o lejos, había un halo amarillo y naranja que chisporroteaba.

María abrió la boca y lanzó un sonido muy extraño. Después respiró de nuevo y dijo lentamente:

—Persígnate, Eduviges, se está quemando la iglesia.

Entonces reconocí el sonido que vibraba desde lejos y del cual apenas se distinguía que era agudo y muy hueco. Era una de las campanas de la iglesia que sonaba entre muy largos intervalos de silencio. Parecía que la iglesia era un ser vivo agonizando, pegando de alaridos con su garganta campanario.

Quise rezar. No pude porque mis pensamientos estaban detenidos, atorados en el lodo endurecido de mi cabeza.

—¿Qué debemos hacer?— les dije. Ellos no respondieron.

Entonces me di cuenta que sólo creí decirles porque mis labios no se habían despegado. Sentí miedo de no poder moverme, de convertirme en piedra igual que ellos, de arder como la iglesia que pronto sería un cúmulo de rocas ennegrecidas y sin significado. Pensé en el padre, en su rostro sudoroso bebiendo la sangre del señor para aliviar la sed más que para honrar la sangre de Cristo. Sentí ternura y compasión de él, de Cristo

y de nosotros. Supe que estaba llorando porque la piel agrietada de mis mejillas absorbió el agua de mis ojos. Comprendí que ya no éramos los mismos. El exterior de nuestros cuerpos era un desierto, pero por dentro me sentía derretida, hecha de un líquido sucio yapestoso, como el agua de un charco lleno de pecados.

Quise aferrarme a la poca energía que aún me quedaba. Quise escuchar mi voz y comprobar que estábamos vivos. Tomé aire como pude, chupándolo con fuerza de las hendiduras de los adobes. Abrí bien la boca y dije:

—¿Qué debemos hacer?

Pasó un silencio largo. Las espesas campanadas dejaron de sonar. La llama apenas visible de la iglesia comenzaba a apagarse al mismo tiempo que el sol se escapaba como un asesino que acaba de extinguir una vida. Entonces nos envolvió una oscuridad sólida y caliente.

—Nada—, dijo Bernabé con una voz que parecía un chasquido de leña y no un sonido humano. —Dios nos ha abandonado.

Lo escuché y no sentí miedo. Mi estómago era una bolsa de agua y ya no servía para tener emociones. Con el único hilo de pensamiento que apenas podía tener en la cabeza, comprendí que en algún momento habíamos pasado a ser polvo otra vez. Y sólo tuve el deseo de dejar de sentir por completo, para no sufrir ese eterno arder que nos secaba el alma y nos fundía con la tierra. Cerré los ojos.

Guillermo Amador

## Equipaje para terminar el invierno

Sé lo que ellos traman. Los ojos no ocultan sus emociones, sus tristezas. Se van a ir.

Ella toma las maletas, lleva algo de prisa. Él se anuda una corbata de satín que le incomoda. Los dos tienen caras largas. El niño llora mientras se alejan de casa. Pasan los árboles, los caminos y el mediodía. La intención del viaje es sin destino, es ocultar viejos corazones engañados y mantener una mirada en el cristal empañado.

Hace calor y frío dentro del auto. Ella cruza las piernas, las separa, las estira. Sus manos se abrazan entre ellas, se frotan, se acarician y se alejan. Sus ojos miran, voltean y se esconden. El niño duerme, por fortuna. Las cobijas lo mantienen aislado de la humedad que los rodea. Él mira el camino, mira su vida, la mira a ella. Su mano apenas sujeta el volante, la otra se inquieta a la entrada de su bolsillo.

*Antes de seguir con la historia confieso que fue mi culpa. Uno como escritor debería atender a sus personajes y no atarlos a una monotonía sin sentido. Ellos hacen lo que pueden para no dejarse llevar por mi mala literatura. Tratan de escapar a otro hogar, quizá a otro cuento. Se fastidieron de vivir como títeres mal armados y ajustan sus vidas. El camino es injustamente largo. Temen que yo los atrape antes de poder traspasar los límites de mis palabras. No lo harán.*





La lluvia comienza a caer. Las llantas se deslizan sobre el asfalto. Más miradas en el interior. La avenida que cruza se desdibuja por el agua escurriendo en el parabrisas. Él enciende los faros. Ella lo mira. La avenida está mojada. Las casas empiezan a encender las luces. Está atardeciendo. La lluvia cae más fuerte. El cielo truena. El sol se esconde. Él siente miedo. Ella siente el miedo de él. La carretera no se ve. Miles de gotas entorpecen la vista. El miedo. La velocidad. Las llantas. El freno.

Arquero

# Juan Carlos Carraza

Yo maté a Juan Carlos Carraza.

La señora de las flores, doña Lupita, también lo hizo. Don Teodoro, la joven Rosita y hasta el bebé Germán. Todos matamos a Juan Carlos Carraza porque él nos mató primero.

Lo recuerdo muy bien. Aquel día había sido en extremo caluroso, desde la madrugada hasta la caída del sol. Parecía que nos quemábamos en las lumbres del infierno y ni los abanicos ni el agua fresca lo podrían remediar.

La paleta de hielo que había comprado al salir de la escuela se derretía lentamente en mi mano. Pensé que si mi hermana Clara hubiera estado ahí, se reiría de mis malabares por tratar de comerla cuanto antes y hubiese reído con ella, por supuesto; con Clara era imposible no reírse de las cosas más insignificantes.

Caminaba entonces dando vueltas alrededor de la iglesia de nuestro pueblo, sin querer regresar a casa. No quería ver a mi padre trabajar en el silencio sepulcral que lo aquejaba desde la muerte de Clara. No deseaba ver a mi madre contemplar la ventana con aire ausente, o bien, ver a mi abuela con sus constantes delirios sobre el regreso de mi hermana, como aquel día en que debió haber vuelto y no lo hizo, exactamente quince meses con tres días y siete horas atrás.

Pensé con ironía que todo a mí alrededor me conducía a su muerte y también a su ausencia, la ausencia de su vestido floreado favorito, de su risa escandalosa. Me recordaba la pérdida del grandioso futuro que la esperaba allá afuera, lejos de este pueblo abandonado por Dios y más que nada, el deseo perdido de poder ver una vez más su rostro.

Meditaba sobre todo esto cuando simplemente lo vi. Al dar la vuelta, por el oscuro callejón que me conduciría otra vez a la iglesia, estaba Juan Carlos Carraza, gobernador “honorable y justo” de mi pequeño pueblo.

Juan Carlos Carraza, a quien vi por primera vez hacía tres años. Usaba un traje impecablemente impecable, tenía las manos llenas de promesas para la gente olvidada que vive aquí.

El mismo hombre de ese entonces se hallaba ahora frente a mis ojos pidiendo ayuda. Una herida en su costado sangraba, manchando el suelo con su desesperación y miedo a la muerte.

A mi lado, doña Lupita, a quien el gobierno había despojado de sus tierras, don Teodoro, quien había sido inculpado por un crimen que no cometió, su hija Rosita y su nieto Germán contemplaban la misma escena que yo. Pero no fue por mucho porque uno a uno se fue sin mediar palabra, dejándome solo con el gran personaje que moría a mis pies.

—Por favor...—susurró sin aliento. De pronto tuve la extraña visión de lo que estaba por venir. Me iría de ahí y entonces Juan Carlos Carraza moriría sin más, dejando a su mujer y a sus hijos desamparados. La policía me interrogaría y yo iba a negar rotundamente haberlo visto. Su muerte quedaría impune, al igual que tantas otras, al igual que la muerte de mi Clara. Veía a su familia suplicar y llorar aferrándose a una foto vieja, a tierras de toda la vida y pecados no cometidos, tal como doña Lupita, don Teodoro, Rosita, Germán, mis padres, mi abuela y yo.

Juan Carlos Carraza no escuchó ninguna de nuestras súplicas cuando la desgracia cayó sobre nosotros. Ahora nos quedaba a nosotros decidir.

Días después la policía vino a interrogarme, tal y como mi visión. Lo

negué todo. No había visto a Juan Carlos Carraza morir y ni por un momento pude haber salvado su vida, así como él no pudo haber salvado la vida de Clara.

Aunque muy dentro de mí, lo sé. Yo maté a Juan Carlos Carraza.

La señora de las flores, doña Lupita, también lo hizo; don Teodoro, la joven Rosita y hasta el bebé Germán. Todos matamos a Juan Carlos Carraza porque él nos mató primero.

*Ajena a la Vida*

# Orientación de Andrés

*Gracias a Tito por la infección  
y a Julio por los gatos...*

Cuando Andrés me mira de frente con esa sonrisita maléfica, no puedo evitar reír y llorar. Me mira directo a los ojos como si fuera el mismísimo Pepito Metralla y yo tengo ganas de hablarle en colombiano, de decirle: “Marica. Hágale, deje de mirarme”; pero me da pena que descubran el soso esfuerzo de hablar como no hablo. Sé que él no diría nada, acaso se reiría y hablaría del encierro. Haría cualquier cosa, menos burlarse.

Es extraño, aún no me acostumbro a verlo tan delgado; así es él, un muchachito famélico gritando a la necedad de los dioses. Lo veo y miro a María del Carmen Huerta. Eh, mírelo, al son de “Sonido bestial”, ¿ya lo vio? Me asusta pensar que me he enamorado de María del Carmen sólo por pensar en Andresito. No importa, en este instante sólo somos él y yo mirándonos directo a los ojos. Los tambores de Richie y Bobby parecen *in crescendo*; de pronto, esto es la guerra, el mundo interponiéndose entre nosotros.

¿Qué podría hacer con ese mundo, con todos? Mirarlos y sonreírles, hablar de Andrés y de *¡Que viva la música!* Sólo que yo quiero quedarme con Andresito porque a mí me interesa más hablar de cine y de la muerte

de Brian Jones. Me da miedo estar aquí... Verlo así de cerquita me hace amarlo con una brutalidad inevitable. Él sigue ahí, con su sonrisita atormentada y esa melena que le cae por detrás.

Mírelo ahí contra la pared. Parece feliz, ¿no? Me pregunto si él está por imitar el ritmo de "Paint it black" o lamentarse por ser un desgraciado. Da igual, él se ve feliz. ¿Qué dirá si le chupo la punta de los cabellos? Ellos vuelven a interponerse entre él y yo, entre este desvarío de una Lulita extradiegética. Los odio por pasar de frente sin mirar a Andresito, por hablar de cómo se traduce la obra del joven Caicedo sin detenerse a acompañarlo.

Me paro frente a él, le sonrío y me echo a llorar. Pobre Andresito, le digo, pero las palabras no me salen; en cambio, alcanzo a balbucear un *te amo*, ¿oís? Él sigue ahí, en esa soledad de jovencito eterno. Quisiera abrazarlo y chuparle los cabellos, contarle que en Ciudad Central a alguien se le ocurrió devorar por amor; o no sé, cualquier cosa para evitarnos el tormento de estar aquí.

Alguien grita que cerrarán y yo camino hacia la salida... Pobre Andresito, sigue ahí, sonriéndole a la nada. Salgo llorando, inhalando el humo de los desgraciados porque Andresito se quedó ahí sin respirar más. Lo veo alejarse poco a poco, borrándose en los tonos blanco y negro. Siento que algo se ha roto entre él y yo. Pero no tengo otra opción que ser lo que más odio: una crítica hablando sobre el legado de Andrés Caicedo.

Laura Itzel Domart

**OTROS FINALISTAS DEL 6º CONCURSO  
INTERPLANTELES DE CUENTO BREVE  
“AVENTURA SOBRE RIELES”**



**[En la ventana, esperando  
la primavera.]**



## Cuento de una hora

Aún despeinadas y medio maquilladas, Irene ojea la cocina mientras Claudia vigila la puerta.

—Apúrate, que si no nos cacha tu mamá —dice Claudia, mientras se comba el pelo con la punta de los dedos. Observa inquieta a Irene, quien no deja de ver alrededor.

—Tú, tranqui. Aquí yo me encargo —asegura Irene. Se acerca a abrir el refrigerador y se asoma para examinar su contenido. Hace una mueca de desaprobación. Deja el refrigerador y abre una repisa cercana. Se para en la punta de los pies para poder ver. Estirando los brazos, reacomoda todo lo que hay dentro, con la esperanza de encontrar un contenedor más grande que el de una especia. Hace otra mueca.

—Ya deja de estar moviendo ahí, si ni sabes dónde está. Me habías dicho que...

—¡Qué sí sé! O sea, tiene que estar por aquí, ni modo que lo escondan abajo de su cama.

Irene abandona la repisa y se dirige a la alacena. Abre desafiante ambas puertas al mismo tiempo, como hace el hombre sin nombre. Sonríe al ver la colección de botellas.

—Ya ándale que tenemos que terminar de arreglarnos —exclama Claudia, quien se recarga de espalda contra la puerta.

Irene se pasea veloz por los diferentes cuellos y cuerpos hasta que sus ojos caen en una botella escondida en una esquina, detrás de unas latas de despensa. Ligeramente más baja y robusta, esta botella luce un color similar al de las otras, pero viste una elegantísima etiqueta francesa.

–¡Ajá! ¡Mira! Sofisticado, eh. Hasta trae su dibujito de la banderita y todo.

–¡Guau, francés! Me gusta. Va a impresionar a todos. Va a impresionar a Luis.

–Tú que dudabas de mí. A ver, ¿cómo se pronuncia esto?

Ambas tropiezan con cada intento de articular el nombre en la etiqueta.

–¿Ya casi están listas, chicas? –grita la mamá de Irene desde otra habitación. Claudia se asoma por la puerta y, cuando verifica que nadie las verá, regresan al cuarto de Irene, dando saltitos.

Terminado el proceso de arreglarse, Irene mete la botella en una gran bolsa de mano que, alegrará, lleva como accesorio. Le avisa a su mamá que están listas. Ella las elogia con un “¡Qué guapas!”, a pesar de que apenas se peinan bien y su inexperiencia es evidente en la torpe aplicación de máscara y labial. Suben al coche para partir.

–¿Emocionadas por su primera fiesta, chicas? –pregunta la mamá de Irene, viéndolas a través del retrovisor. Ambas asienten rígidamente—. Se ven muy nerviosas, no hay de qué preocuparse. Sólo recuerden divertirse y no dejarse presionar por otros. Sean responsables.

–Sí, mamá –dice Irene, girando los ojos. Claudia no deja de pasarse los dedos por el pelo. Los nervios no sólo venían de la incertidumbre de encajar, también se le sumaban los nervios del contrabando. Ninguna de las dos chicas habla mucho, no quieren interrumpir el sermón de la madre, que no termina hasta que llegan a su destino.

–Gracias por traernos.

–Se cuidan, eh.

—Sí, mamá, no te preocupes.

Se acercan a la casa y tocan el timbre. Irene y Claudia se voltean a ver emocionadas. Todos los muchachos se verán impresionados por su audaz hazaña. Por fin le causarán celos a las chicas con las que la pubertad había sido más generosa que con ellas. “Tal vez Luis se fije en mí”, piensa cada una. Estaban ansiosas por descubrir las sorpresas que les guardaba la velada. Luis les abre puerta.

—Quihúbole, Claudita. Hola, Irene —se acerca a dar un beso en la mejilla y un tibio y húmedo apretón de manos a cada una—. Gracias por venir.

—Trajimos lo que te prometí —le dice Claudia en seguida—. Ahí está, ¡feliz cumpleaños!

Claudia señala la gigante e incómoda bolsa de Irene.

—Órale, Clau, qué bueno que sí te invité, sabía que tú sí eras de fiar. Ahora sí ya se armó. Pásenle, pásenle.

Irene y Claudia siguen a Luis a través de su casa hasta salir al jardín donde sucede todo. Luis les dice que no hay música, porque los vecinos se enojan, pero asegura que aún así se la van a pasar a toda madre. Escanean la escena. Hay menos de veinte personas, incluyéndolas, la mayoría muchachos. No es la multitud prometida, pero no importa porque las personas importantes están aquí. Alondra y su banda de chicas pesadas están sentadas, platicando en una esquina. Virtualmente todos los hombres son del equipo de fútbol, están en la esquina opuesta. Todos medio adornados.

—¡A ver chavos, acérquense! —grita Luis—. ¡Clau nos trajo un trago!

Todos los niños se apresuran a rodear a Irene y Claudia, las otras niñas ni se levantan. Irene ríe nerviosamente mientras saca la botella de su bolsa. Luis toma la botella y la levanta a la altura de sus ojos. La observa y analiza detenidamente como si fuera una joya y él un joyero.

—¡Guau, francés! Me gusta —dice Luis. Corre rápidamente a la casa y regresa en seguida con un sacacorchos que empieza a operar torpemente

hasta que logra quitar el tapón. Toma un vaso desechable y comienza a verter. De la botella sale un espeso líquido grisáceo con un olor penetrante.

—Guácala, ¿qué es esto?—pregunta Luis a Claudia. Claudia voltea a ver a Irene.

—Pues es que... uh, es que, pues es francés, ya sabes cómo son—responde Irene inquieta.

—Ah, pues sí, verdad—exclama Luis y bebe del vaso. Hace una cara de repulsión y traga.

Inmediatamente todos los muchachos toman un vaso y empiezan a pedir que les sirvan. Hubo un par de ovaciones. Claudia se puso a platicar con Luis e Irene contaba con teatralidad a los chicos la historia de cómo tomaron la botella. Reían y se sonrojaban. Nadie se había terminado un sólo vaso de la bebida, pero no importaba porque se había logrado el objetivo.

—A ver, alguien sírvame—exclama de la nada Alondra—. A ver qué es todo el alboroto.

Alguien le pasa un vaso, se lo acerca a la nariz y huele. Alondra toma la botella de la mesa, y lee en voz alta sin titubear: *Assaisonnement Poisson Braisé*.

—Esto es aderezo de ensalada, tarados—dice Alondra, burlona. Todos se callan y voltean a ver a Irene y Claudia.

—¡Ay, Irene! ¿No que sabías leer francés? ¡No mames!—casi grita Claudia.

—Con razón sabía tan culero, no mames, Irene—dice Luis, molesto.

Los ojos entonces se concentran sólo en ella por unos segundos y después retumban carcajadas. En seguida Irene se convierte en el blanco de burlas y chistes de todo el equipo de fut. Claudia ríe con ellos. Todos ríen, como si en el momento no hubieran estado dispuestos a tomar también el repugnante líquido. Irene huye adentro de la casa, nadie la sigue. Conteniendo lágrimas, llama a su mamá y con voz temblorosa le pide que, por favor, rápido, la pase a recoger, por favor, por favor.

Irene se sale sin despedirse de nadie, ni de Claudia. Recobra un poco la tranquilidad y se sube al coche con su mamá.

—¿Qué pasó, hija? ¿Todo bien?—pregunta su mamá comprensiva y cariñosamente—. No estuviste en la fiesta ni una hora.

—Todo bien, no te preocupes.

—¿Entonces?

—Pues, sólo me aburrí, yo creo que las fiestas no son lo mío—dice Irene cabizbaja. En seguida su mamá sabe que está mintiendo.

—Ay, pues no importa, hijita. Ya irás a otras y te la vas a pasar mejor. Vas a ver que cuando a ti te celebremos tus catorce años te la vas a pasar a todo dar. Además, ese Luis y sus papás nunca me causaron confianza, siempre en el desbarajuste. No había alcohol ni drogas ni nada de esas cosas horribles, ¿verdad?

—No, mamá, no hubo alcohol.

*Emilio Méndez Gálvez*

# El saxofón que acompañaba a un hombre

*La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.*

*Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá.*

*Por mucho que camine, nunca la alcanzaré. Entonces,  
¿para qué sirve la utopía? Para eso: sirve para caminar.*

Fernando Birri, según Eduardo Galeano

En la esquina de la calle de la panadería de doña Lú vemos una mulata petacona venida de un escondido pueblo, con los secretos más profundos para la sazón del pan. En el mismo lugar, un hombre le saca unos sonidos hermosos y firmes a su saxofón, tan hermosos que el metabolismo de la música comienza en cada persona que se acerca a escuchar.

Despierta la mente, pasando las ondas sonoras de una neurona a otra, modifica el ritmo del corazón golpeándolo con suavidad y finalmente se siente en el estómago un ligero cosquilleo que orilla a las personas a entrar a la panadería y llevarse ese pan tan deseado.

Tiempo atrás, un soleado pero mal día, entraron a ese rico expendio de pan un par de trajeados hombres cara cuadrada con un papel en

la mano repleto de burocráticas palabras que doña Lú firmó con los ojos húmedos.

A partir de eso, el saxofonista fue testigo de cómo la vecindad, donde siempre había un grupo de mujeres cotorreando, se había transformado en un sombrío y lujoso edificio habitado por individuos incrustados al asiento de su auto. Presenció el modo en que en ese mismo lugar una anciana indígena que vendía sus bordados fue desplazada de su banqueta a quién sabe dónde y fue sustituida por un parquímetro. Vio cómo los rayos del sol fueron obstaculizados por los edificios tan altos que estaban siendo construidos y lamentó sobre todo que el gusto especial de las personas por el pan se había ido.

Los nuevos dueños notaron que el saxofonista era una gran atracción, por lo tanto, lo dejaron en su lugar, pero le impusieron tocar algunas canciones de novedad para que atrajera más clientes. Además le indicaron ejecutar otras melodías rápidas para que, con ese mismo ritmo, dichos clientes compraran pan.

No obstante, este privilegio concedido al saxofonista parecía inútil pues la mayoría de los nuevos transeúntes parecían haber nacido pegados a sus audífonos. Aislados del mundo sonoro, algunos de ellos depositaban, con gesto lastimero, unas cuantas monedas a una caja que le habían puesto a este músico los trajeados hombres cara cuadrada.

El saxofonista se sentía asfixiado, lo único que lo reconfortaba era la compañía de su saxofón.

Un día nublado, pensando en someterse mientras observaba su instrumento, recordó a su apático público y se dio cuenta de un detalle: en los únicos que parecía hacer efecto su música era en los niños.

El saxofonista hizo memoria de aquellas innumerables ocasiones en las que su música había logrado despertar un fantástico brillo en los ojos de aquellos pequeños que conformaban tan selecto público. Descubrió cómo la fuerza interna de su lenguaje musical transitaba fácilmente al

corazón de los chicos y en ellos se expandía una mágica percepción del mundo.

Fue así como nuestro músico en mención le dio un nuevo sentido a su arte: el buen pan podría faltar, pero no el apetito de desear sentir más allá de lo ordinario.

Es aquí donde inicia la verdadera historia del saxofón que acompañaba a un hombre.

*Sabina Yutail Varela Turcott*



## La vida según la muerte

Kíimil mira el vacío. Le gusta mirar el vacío, le ayuda a pensar. Piensa sobre todo, sobre su mundo y el de Kuxtla. Piensa en el mundo mortal, el real y el imaginario; sobre lo solitario que se siente estar en su mundo, a pesar que no está solo, nunca está solo. Kuxtla siempre está ahí. Ambos son tan distintos, pero se necesitan el uno al otro; es bastante curioso pues ambos son polos opuestos: uno representa lo que en el mundo mortal llamarían “vida” y el otro “muerte”. Ambos se necesitan, ¡claro que se necesitan! Si no fuera por la compañía que se tienen, ya habrían enloquecido. Ambos se complementan y apoyan. A veces no se dirigen la palabra, ni siquiera se miran, pero mientras sepan que el uno siempre estará para el otro sobrellevarán su incierta existencia.

Nunca se tocan, a pesar de que sienten lo que sería equivalente al “amor” en el mundo mortal. Jamás se han abrazado, ni siquiera se han tocado; es algo que ninguno sabe explicar, pero ambos están seguros de que no deben hacerlo o podría haber grandes consecuencias. Nadie sabe lo que podría pasar si muerte y vida se hacen una. Sin embargo, a ellos no les molesta, no necesitan tocarse para saber que siempre van a estar juntos.

Kuxtla pasa sin hacer ruido junto a Kíimil. No es necesario haber pasado toda una eternidad junto a Kíimil para saber que algo le perturba. Kíimil siente su presencia y alza la cabeza para verle a los ojos; le sonrío,

pero Kuxtla no cae en el engaño; ve una gran tristeza, tal vez la más grande que ha tenido en siglos, Kuxtla se sienta a su lado y mira sus ojos para poder observar su alma. Sin intercambiar palabras, sin hacer señas, Kuxtla sabe de inmediato qué le molesta a su otra mitad. Ahora comparte sus sentimientos. Kíimil nunca ha experimentado la vida, solo la arrebató. Aquello que Kuxtla siente todos los días en gran potencia, que le da esplendor a todo el mundo mortal, Kíimil nunca lo ha experimentado, sólo se encarga de hacer que acabe, que sucumba ante la negrura del vacío. De inmediato Kuxtla sabe qué debe hacer, le señala con la cabeza para que le siga, y le lleva al mundo mortal; es un viaje largo, pero vale la pena.

Kíimil y Kuxtla inician su viaje por lo eterno, entre cerros, montañas, ciudades, estrellas y galaxias; lo hacen con una gran calma, apreciando cada detalle, puesto que para ellos el tiempo es infinito, no tienen ninguna prisa.

Llegan a un pequeño parque rebosante de árboles y animales, con un estanque y algunas parejas humanas disfrutando de un tranquilo día de descanso. Se acercan a una pareja de ancianos. Kuxtla entra en la señora con la cara llena de arrugas y Kíimil entra en su acompañante. Kuxtla le hace una sola pregunta: “¿Qué sientes?” Kíimil se concentra en el hombre con el cual comparte alma en esos momentos y, sin dejar de sentir el alma del anciano como la propia, dice:

“Siento... siento un dolor punzante en las rodillas. Ya están viejas, ya no son como antes. Todo... todo va más lento; no es como cuando era joven. Antes todo iba rápido, todo iba muy rápido, ahora casi no puedo moverme, ya no soy el que era antes. El mundo... el mundo ha cambiado; cada vez es peor, cada vez hay más robos, asesinatos y violaciones; el respeto ya no existe. El mundo ahora está lleno de maldad. Cuando estaba joven, las cosas eran diferentes, muy diferentes. Siento... siento un dolor profundo... mis hijos, los niños que amé y sigo amando, por los que me esforcé tanto para darles lo mejor, por los que pasé noches en vela y contaba una

historia antes de dormir, ya no nos llaman, se han olvidado de sus viejos y desgastados padres; ahora cada uno tiene su vida y ya no se preocupa por nosotros... Pero, hay algo más, algo que se sobrepone a todas las calamidades, eso es... amor. La amo, no importa que ya no sea la chica llena de vida que conocí, que ya no tenga esa hermosa figura de la que me enamoré, que ya sea tan vieja como yo, eso no importa, es con quien decidí pasar toda mi vida, con quien me casé, y ahora que mi vida está por terminar, no me arrepiento de nada, ella es el amor de mi vida.”

Kíimil y Kuxtla abandonan esos cuerpos mortales y siguen su camino, mientras detrás de ellos un par de ancianos se abrazan y comparten su amor. Vuelven a andar por un buen rato, hasta que encuentran una casa, donde ven a una madre y a su pequeño hijo. Como la vez anterior, Kuxtla entra en el niño y Kíimil toma el lugar de su madre. Kuxtla repite la pregunta y Kíimil responde:

“Siento... siento un muy fuerte dolor en el pecho provocado por la ira. No puedo creer que el niño rompió el jarrón que tanto trabajo me costó conseguir, el que me esforcé tanto encontrar y comprar. Me duele que tanto esfuerzo se haya ido en un par de segundos; debería castigarlo por un buen tiempo, pero sólo es un niño. Aún recuerdo cuando mis padres me golpeaban por cualquier razón. Recuerdo que llegué a odiarlos por eso y no quiero que lo mismo le pase a mi hijo. Él está arrepentido. Debería perdonarlo, hacerle saber que siempre lo estaré apoyando; soy su madre, siempre lo querré sin importar lo que suceda; él siempre será mi bebé. Qué será... ¿Qué será de él cuando crezca? Haré todo lo posible para ayudarlo. Quiero verlo crecer y ser feliz; quiero que logre grandes cosas y que sea mejor que sus padres. Sobre todo... lo quiero a él.”

Kíimil y Kuxtla dejan a sus espaldas un niño llorando a los brazos de su querida madre. Por décadas Kíimil y Kuxtla entrarán en millones de vidas, visitarán a cada mortal que pueden y por un rato compartirán su alma. Kíimil ahora conoce el sabor de la existencia, experimentó tantas

emociones y vidas sólo para darse cuenta de que la respuesta a su pregunta siempre estuvo a su lado. Kuxtla siempre fue, será y ha sido su vida, lo que siente por ese hermoso ente es tan fuerte como lo que siente la pareja de ancianos y tan puro como lo que siente la madre. Kíimil experimenta un gran alivio al darse cuenta de la verdad: siempre ha estado vivo y así desea estarlo para poder permanecer con Kuxtla por toda la eternidad. Kíimil quiere abrazar con todas sus fuerzas a Kuxtla, sin embargo, se limita a tomar su mano.

*Óscar Arturo Romero Flores*

## Las notas más bellas están en su voz

Voy subiendo los escalones hacia uno de los momentos definitivos de mi vida. Voy de la mano del amor que le dio sentido a mi existencia. Me siento más viva que nunca, gracias a él, a su voz...

Lo había oído muchas veces, cientos, pero la noche en que me decidí por escuchar más allá de lo que siempre solía hacer, ahí tendida sobre mi cama, mis ojos fijos en la oscuridad y los audífonos puestos, mi vida cambió por completo; bastaron los primeros segundos para darme cuenta que estaba escuchando la voz que en todos mis sueños me guiaba. En ese instante, percibiendo el canto de mi corazón como nunca antes, me sentí distinta. Sin darme cuenta ya estaba sentada en la cama buscando con desesperación y temor una manera para encontrarlo. ¿Cómo sería ese momento? Imaginando aquello, apenas pude cerrar los ojos y conciliar el sueño.

Al día siguiente no fue tan difícil llegar al lugar. Una vez estando ahí entre los pasillos, busqué a la encargada; cuando la encontré estaba sentada conversando. Me sentí un poco mal por interrumpir el momento pero, decidida, le pregunté dónde se encontraba a quien yo buscaba. Me indicó con un gesto y una sonrisa que la siguiera; daba la impresión de saber cuán importante era para mí estar con él.

Recorrimos otros pasillos repletos de estantes, cada uno con distintas

obras de arte. Mientras yo las contemplaba, la chica del lugar me indicó que habíamos llegado. Mi respiración se entrecortó y mis latidos tomaron el ritmo de la noche anterior. Me acerqué más y más, casi pude oírlo decir, “Te estaba esperando”. Lo que se interponía entre él y yo era una fina puer-tecilla de cristal, la quitamos de en medio y pude acercarme todavía más a su cuerpo. Al fin estábamos juntos.

No recuerdo con exactitud qué pasó después de ese momento. Tam-poco en el camino de regreso. Cuando llegamos a casa me propuse grabar en mi memoria cada detalle de esos primeros instantes a solas con él...

La luz se filtraba por la ventana más cercana. Estábamos frente a frente. Lo recorrí con la mirada y pude ver que fuimos hechos para estar juntos, para complementarnos. Contemplé esas líneas tan cercanas a la perfección, mis manos subían por sus costados y, luego, con delicadeza bajaban una y otra vez volviendo al punto de partida. Recorrí cada curva suya con mis dedos, cada rincón; era como tener en las manos todos mis sueños hechos realidad, sólo que esto era mucho mejor a cualquier sueño que pude antes tener.

Me decidí y con seguridad lo coloqué suavemente sobre mi hombro. Con la otra mano tomé el arco y empecé a deslizarlo por cada una de sus cuerdas. Cerré los ojos; quería escuchar lo que en otro idioma serían esas notas, adivinar su poesía. Durante las horas próximas solo fuimos él con su voz y yo con mi vida, al fin sentía lo que significaba vivir...

Una vez, cuando no era más que una chiquilla, escuché a un adulto decir que “Los amores más puros y las pasiones más reales están en donde uno menos espera encontrarlas”. Han pasado unos cuantos años y, ahora que pienso en esa frase, me doy cuenta que aquel señor estaba en lo cier-to: encontré en mi violín lo que en nadie más.

Hemos llegando al pie del escenario. Es el momento para hacer lo que mejor sabemos, crear poesía a partir de su voz y mi pasión...

*Karen Eli Pérez Monroy*

## Preso de pensamientos

“Recuerda que el cementerio está lleno de valientes héroes”, ésas fueron las últimas palabras de mi abuelo y las primeras que recordé esta mañana, a unas pocas horas de celebrar el Día de Muertos.

Siempre fui un chico asustadizo, pero no de los normales, de ésos que ven una araña, gritan e intentan aplastarla con su pie; yo más bien huía de ella y no regresaba hasta ver y saber que el cuerpo de la maldita araña muerta ya estaba dos metros bajo tierra. Así me pasaba con todo, prefería no salir de mi cuarto en Día de Muertos porque le temía hasta a lo que no existía.

Sólo que hoy me armé de valor y resolví salir con unos amigos a celebrar esta fiesta, cosa de la cual me arrepiento. Mis cuates decidieron ir a un cementerio pues habían escuchado que en esta época allí asustaban; sigo pensando que sólo lo hicieron para espantarme y yo, por querer hacerme el valiente, acepté ir con ellos.

Al llegar al cementerio no dejaba de pensar en aquellas palabras que me dijo mi abuelo hace unos meses antes de fallecer: “El cementerio está lleno de valientes héroes”, “El cementerio está lleno de valientes héroes”, “El cementerio está lleno de valientes héroes”. No dejaba de decir esas palabras para ocultar el temor que estaba sintiendo en ese momento. Nos recibió una calaca que hacía sonidos raros, pero en mi mente yo tenía de-

lante al mismísimo Speedy Gonzales corriendo en círculos diciendo: “¡Ándale! ¡Ándale! ¡Arriba! ¡Arriba! Yepa!”

Pensé que, mientras yo siguiera viendo héroes en lugar de monstruos, todo estaría bien. Y así continué. Apareció un hombre sin un brazo y sangrando, exclamando: “¡Ayudaa, ¿quién podrá ayudarme?”. En ese momento escuché una voz de fondo en mi mente diciendo: “¡Yoooo!”... A lo que grité: “¡El Chapulín Colorado!” y pum, ahí estaba, me fui acercando a él para saludarlo, pero mis amigos sólo se reían porque me estaba acercando al hombre sin brazo. Intenté quitarle el martillo al Chapulín, pero lo único que logré fue arrancarle el otro brazo al pobre hombre; por lo que mis amigos cada vez reían más y más; aun así, yo era feliz con el martillo de mi chaparro héroe colorado.

El viaje por el cementerio continuaba, yo viendo otros héroes como Batman, Thor, incluso al Hombre Araña, en vez de muertitos, vampiros, brujas o asesinos; así que me la estaba pasando muy bien.

Casi en la salida del cementerio había una fosa rodeada de cordones rojos de advertencia que decían “peligro”; sin embargo, yo veía a mi abuelo ahí parado. Aparecía como un gran resplandor, como el mayor héroe para mí. Lucía tan real que empecé a caminar hacia él. Escuchaba a mis amigos gritando: “¡Cuidado, no camines hacia allá! ¡Para, imbécil!”... Pero lo único que yo quería era estar con mi abuelo. Empecé a ser preso de mis propios pensamientos.

Al llegar con mi abuelo, caí en la fosa y me rodearon cientos y cientos de arañas que comenzaron a picarme. Mis amigos gritaban: “¡Auxilio! ¡Ayuda!... ¡Se cayó a la fosa, ayúdenlo!”. Yo sólo veía a mi abuelo, que me decía: “Ahora tú eres el nuevo héroe”. En la fosa, mientras las arañas me picaban, me puse a pensar que siempre quise ver a estos bichos muertos y ellos terminaron echándome al plato y atrapándome dos metros bajo tierra.

Rodrigo Yosef Sánchez López



## Silueta

El golpeteo constante de la punta de mi tacón era armonioso. *Uno, dos, uno, dos...* mis brazos siendo bañados del líquido caliente que salpicaba y mi corazón latiendo con fuerza al ritmo de mis movimientos.

—*¡Basta!* —me dice—. *Mira nada más el desastre que has dejado.*

El fantasma gris me observa desde el otro lado de la habitación, sentado en el antiguo sofá junto al gran espejo que Roberto siempre limpiaba con esmero.

—Quiero ver que se despierte y se marche otra vez con esa niña.

El fantasma se levanta y se acerca a mí. Tiene su silueta, tiene su altura y su perfume. Tan efímero, penetra en mi memoria haciéndome sentir en casa. Se mueve con su evanescente cuerpo hacia donde me encuentro. El fantasma gris tiene la costumbre de guardar silencio. Se sienta a mi lado y ambos nos limitamos a escuchar los jadeos de Roberto frente a nosotros. Me sorprende que se aferre a respirar con tanta fuerza; me sorprende y me recuerda a la manera en que se aferraba a la mano de la niña flacucha, a ésa que trae por nueva novia. El recuerdo llega y me arde la piel, mis dedos tiemblan y sujeto mi tacón una vez más.

—*¡Ya párale, Aura! Es una lástima como tienes la alfombra, tan bonita que estaba... ya ni muevas a Roberto, igual y aún podemos arreglarla.*

Roberto sigue jadeando, su cuerpo estremeciéndose y el fantasma

observando. Casi puedo decir que tiene su voz, pero no estoy segura porque la voz del fantasma gris sólo es capaz de escucharse en mi mente, sólo me habla a mí; y mientras más habla, menos recuerdo la voz con la que Roberto se ponía meloso. Ambos son idénticos, pero el fantasma gris no me trata como si estuviera un poco loca cada vez que armo mis escenas. Y Roberto me hacía sentir Aura. Nunca me sentí tan Aura como cuando Roberto gritaba mi nombre a mitad de su éxtasis y, aún más, cuando Roberto gritó mi nombre al recibir el primer golpe en su pecho.

Nunca me creí capaz de hacer lo que acabo de confesar, ni siquiera cuando me llevaba a la locura con todas sus manías (como ésa de limpiar una y otra vez el espejo gigante que tenía, hasta lograr que cada mota de polvo desapareciera de sus bordes y que la imagen reflejada fuera tan fiel a la real que no pudiera distinguirse cuál de las dos poseía vida). Da igual, ya ni Roberto ni su reflejo van a encontrarse frente a ese espejo; y es una suerte, pues en este momento no podría asegurar quién estaba más muerto de los dos.

En mi mente sólo puedo ver a Roberto gritando mi nombre, las palabras resbalando de sus labios mientras mi furia crecía dentro con lentitud. ¿Cómo pude dejarme llevar? El fantasma gris me rodeó con sus brazos y, con su roce, me asaltó el recuerdo de Roberto caminando por las calles cercanas a su casa, con las manos de la niña flaca entrelazadas a las suyas. Mi mandíbula se presionaba con fuerza... la misma fuerza del latido de mi corazón cada vez que, frente a mis ojos, se reflejaban los movimientos sutiles de los labios de Roberto al pronunciar con desamor la despedida con la cual me dejó varada frente a mi casa.

Pronto las vecinas de Roberto van a venir a ver si todo está bien porque... ¡qué buenos gritos cuando todo empezó! Lo juro. No quiero decirles que él se ha hecho daño. Odio a esas vecinas sonriéndole siempre a nuestra llegada. ¿Por qué no pueden dejar a Roberto en paz? Me levanto y camino hacia el espejo. Mi reflejo se ve tan vivo que me hace sentir que

soy yo. El fantasma gris me sigue y el reflejo de ambos concuerda más de lo que lo ha hecho con nadie. Me siento tan yo, tan real, que quiero ir por la niña. Necesito encontrarla.

*—Deja de pensar en ella como la niña, Aura. Eso se escucha muy enfermo.*

—Pero eso es lo que es: una flaca y huesuda niña, dos años menor que nosotros; una niña que lo convenció.

*—¿Convencerlo? ¿De qué? Él se veía muy feliz de su mano, nadie lo obligó a sonreír.*

El fantasma gris toma mis hombros y me mueve para darme la posibilidad de observar a mi Roberto tendido en el suelo, con su cabello alocado, sus ojos cerrados y su pecho horadado varias veces. La niña flacucha no lo va a dejar descansar. Si sigue así, tengo que detenerla para que Roberto pueda dormir tranquilo.

Le pongo una cobija sobre el cuerpo, lo arropo como lo había hecho múltiples veces luego de que se durmiera en mi cama. Del sillón junto al gran espejo recojo su chamarra y me la pongo. No puedo ir por la calle con los brazos llenos de sangre, alguien creería que hice algo ilegal y no es verdad, defender a Roberto de la niña loca ha sido un acto de heroísmo.

Damaris Sujé Muñoz Arroyo

## ¿Y los machetes?

—¿Y los machetes? ¿Tenemos al menos los machetes?—inquirí—... ¡Carajo!

Nos resta muy poco para encontrar alguna solución. Claro que recurrir al uso de la razón y el diálogo ya no es una posibilidad.

—Somos treinta, ¿no? —tampoco recibí respuesta—. ¡Lárgate si no me puedes ayudar, Gregorio!

Y aquel idiota se retiró entre sollozos... malparido. Se le ocurrió que sería buena idea colocar dos explosivos de más en la mina. Con lo que logró nada menos que obstruir la entrada y matar a otras dieciocho personas, incluido el patrón. Don Hilario se enteró de lo acaecido y, obviamente, no le hizo ninguna gracia; fue entonces cuando nos enteramos que se trataba de un gran amigo, yo lo ignoro totalmente, sólo busco la forma de que salgamos vivos de ésta.

Macario nos advirtió que un pelotón sería enviado para cumplir la venganza de don Hilario. Pero no pudo averiguar la ruta que estos hombres seguirían, aunque estando aquí no hay muchas variantes. Tampoco formas de escapar.

—No podrían llegar por atrás, no da chance la tierra.

—Pero pueden llegar por el frente o los lados, Melitón.

—Saquemos a los perros esta noche, así sabremos con sus ladridos

cuando estén cerca. Hay que movernos ya. Yo sabré de qué lado se aproximan, tú estate trucho a mi aviso. Avienta una piedra pa' que los tope.

Nos ceñimos a liberar a los perros. El gran oído de Melitón concedido por su ceguera parece que será de ayuda. Su plan fue acatado con relativa rapidez. No fue sino hasta el momento en que todos nos encontrábamos en la alameda que se presentaron grandes contratiempos.

“No queremos irnos”, “La bronca es de Gregorio”, “No creo que lleguen”, “¿Nos los sanjuaniamos?”... A resumidas cuentas un sinfín de estupideces pobremente argumentadas y razonadas.

Se nos fueron revocadas todas nuestras herramientas después de la explosión. Hace apenas algunas horas. Confío plenamente en que incluso el más anciano de nosotros puede correr sin dificultad alguna, pero en realidad eso es lo de menos...

“¿Tons qué con los niños?” y tras este comentario la babel se desató.

—A los chilpayates tápenlos bien y enjaréntenles alguna fruta. Los gran-dotes ya deben obedecer.

Mis palabras fueron de nula utilidad, poco a poco la gente se retiraba y entraba nuevamente a sus moradas. Pese a que fuera de noche, podíamos atisbar a Melitón quien ya se encontraba atendiendo a los perros.

La noche aún era joven, digo, lo era al momento de advertirle a todos de lo que ésta nos deparaba. Tan sólo algunas cuántas familias regresaron con sus maculos ya a su lomo. El cielo encapotado a cada minuto se oscurecía más. Yo, al igual que el resto, ya tenía listas mis pertenencias más útiles para sobreponernos a esta situación.

Y el momento llegó; los perros hicieron su alboroto, yo lancé una piedra a una bandeja que vi cerca de un portal. Melitón entendió la señal y rápidamente se dirigió hacia nosotros, a la vez que señalaba el camino a seguir.

—¡Pelémonos! —grité a la par que tomaba a mi familia y Melitón se ponía al frente. El camino que seguimos fue a través de la sierra.

Era difícil desplazarse en semejante penumbra, pese a ello la velocidad era algo que se notaba al mirar la comunidad de la cual nos alejábamos rápidamente, a cuya ubicación poco después llegó el pelotón.

A pesar de la distancia que ya llevábamos, aún eran audibles los lamentos de todos aquellos que no quisieron dar la suficiente importancia al asunto. Los hombres armados hacían su trabajo sin vacilar ni dudar tan siquiera un poco.

Todos sus disparos eran certeros. Algunos arrepentidos intentaron alcanzarnos, pero de nada les valió pues igualmente fueron traspasados por el plomo y sus cuerpos aludían a la única e inapelable condición que impone la vida.

Avanzábamos literalmente a ciegas. ¿Cuál sería nuestra sorpresa? Pues Gregorio nuevamente presto a galardonar su imagen le exclamó a los rifles: “¡Por allá! ¡Hay más por allá!”. Y de ese modo terminó revelando nuestra ruta de escape. Claro, si a costa de tal hecho hubiera podido salvaguardar su vida y la del resto, posiblemente no nos hubiera parecido un acto tan aborrecible.

—¡Corran y récenle a la virgencita pa’ que no nos alcancen! —gritó Melitón.

Y yo espero que su magnanimidad se haga presente despistándolos con la oscuridad y el suelo de la sierra... ¡Diosito nos ampare!

*Erik de Jesús Flores Juárez*

## AUTORES

Alejandro Hernández Osnaya (*Arquero*)  
Álvaro José Lerzundy Gómez (*Tito Nowaki*)  
Ana Laura Acero Pimentel (*Murphy*)  
Andrea Nieto Dávila (*Champa*)  
Cinthia de la Peña Tirado (*Ágatha F.*)  
Daniela Carrasco Chávez (*Julieta Purpeá*)  
Guillermo Amador Herrera (*Guillermo Amador*)  
Katya García Lozada (*Glinwen*)  
Laura Itzel Domínguez Martínez (*Laura Itzel Domart*)  
Mónica Daniela González Chaparro (*Moon Strong*)  
Natalia Ximena Ruiz Rivera (*Natalia Ruiz*)  
Tanya Cecilia Cortés Reyes (*Ajena a la Vida*)  
Valeria Palma Muñoz (*Valú*)  
Victoria Vanessa Martínez Quevedo (*Vainilla*)

## AUTORES INVITADOS

André López García  
Damaris Sujei Muñoz Arroyo  
Emilio Méndez Gálvez  
Erik de Jesús Flores Juárez  
Erika Isabel Castillo Santiago  
Óscar Arturo Romero Flores  
Rodrigo Yosef Sánchez López  
Sabina Yutsil Varela Turcott  
Karen Eli Pérez Monroy  
Vicente Iván Soto Hernández

*Equipaje para terminar el invierno. Textos narrativos y otros artificios*

*Antología de nuevos escritores*

Editada por el Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Sur/ UNAM,

Diseño y formación: Elena Pigenutt Galindo.

Ilustración: Rodrigo Martínez Méndez.

Foto de marco creado por kstudio - [www.freepik.es](http://www.freepik.es)



Tomas un pequeño libro del estante...

El último artículo indispensable que debes llevar para el viaje. Un viaje para dejar atrás el frío, las cenizas y los monstruos.

Ya en la estación te detienes en seco y las grietas del piso podrían engullirte mientras piensas en el peso de tu equipaje. Se van contigo los libros, las fotografías, los retratos enamorados, los sueños. Cargas también con todos los recuerdos. Todos. Y las calles, y los papeles con las primeras palabras, las últimas palabras, las palabras inconclusas, y los accidentes y el listón rojo que una niña se ató a la cintura.

Con todo, sobrevivirás a tu invierno. Eres viajero y serás viajero. Viajero valiente que viaja en el vagón verde de un tren Viajero hacia la primavera verde.

Resuelto tomas tu equipaje y aboradas este Vagón.

Katya García Lozada  
(Glinwen / Katherine Galo)  
Escritora vagoniana

(...)

*Busco tu suma, el borde de la copa donde el vino  
es también la luna y el espejo,  
busco esa línea que hace temblar a un hombre  
en una galería de museo.  
Además te quiero, y hace tiempo y frío.*

Julio Cortázar

Hay quienes dicen que moverse implica llevar algo a alguna parte, pero también dejar atrás aquello que nos ha pertenecido. Este Vagón Literario bien lo sabe, por eso cuando hace su equipaje deambula entre emociones gratas y un poco de nostalgia.

Hacer es deshacer en cierto modo; jugar el juego de Penélope para ganarle tiempo al tiempo; vivir y morir en otro intento; tratar de “caer hacia arriba”, sin temer demasiado a lo contrario. No es más que eso: cerrar los ojos para hallarse en los encuentros y abrirlos para perderse, si el extravío significa renacer, re-crear, dibujarse una y otra vez hasta reconocerse.

En este marco se concreta *Equipaje para terminar el invierno. Textos narrativos y otros artificios*. Esperamos que nuestros lectores encuentren en las páginas de esta antología no sólo los disímiles retratos de una búsqueda latente y creativa, sino la calidez de quienes por ella juntamos afectos y esfuerzos auténticos.

A quienes de una u otra manera nos han acompañado, sinceros agradecimientos por esta primera década de grandes experiencias, estaciones y trayectos.

Martha Galindo Becerra

Álvaro José Lerzundy Gómez